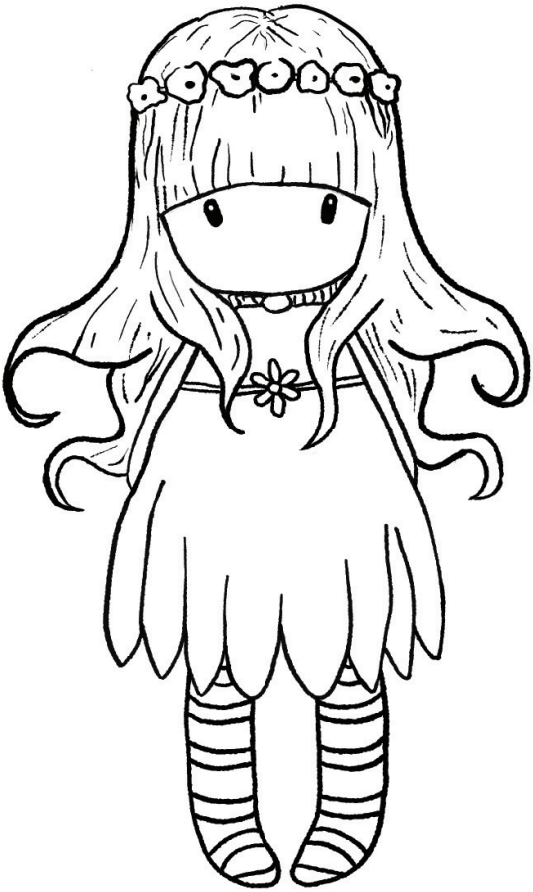
Sentimientos ocultos de *humanos y muñecas*



Fátima María Gracia Sotelo Huerta

Sentimientos ocultos de *humanos y muñecas*

Fátima María Gracia Sotelo Huerta

Sentimientos ocultos de humanos y muñecas
Fátima María Gracia Sotelo Huerta

Corrección: Wilder López Otárola
Diseño y diagramación: Wilder López Otárola

Primera edición - Lima, Perú 2020

Dedicado a:

Todas las personas que sufren en silencio
y siguen luchando hasta el día de hoy.

Enredado proceso para convertirse en una muñeca

Apenas eran las 5:30 de la mañana. El sol recién brindaba los primeros destellos que reflejaban en la puerta transparente frente a la cama de Carolina.

Ella abrió los ojos y se dibujó en su rostro una sonrisa. Comenzó a recordar fragmentos de lo acontecido la noche anterior, le había confesado al amigo del que estaba completamente enamorada sus sentimientos. Se puso a imaginar el inicio de un futuro junto a la persona a la que tanto amaba. Y así, se quedó con una sonrisa de oreja a oreja y con un brillo en los ojos que proyectaban una imagen de esperanza. Todo este idilio duró aproximadamente 5 minutos.

Al culminar su breve viaje hacia las nubes, sus ganas de vomitar y su terrible dolor de cabeza, producto del nivel elevado de alcohol en su sangre generaron que Carolina evoque también los recuerdos vergonzosos de esa misma noche. Por este motivo, optó por esconderse entre sus sábanas, como si eso la escondiera del mundo.

De inmediato, se paró de su cama y, sin siquiera ponerse zapatos, corrió a su sala y vio que dicho amigo aún dormía sobre su sofá.

Se puso roja de la vergüenza y se comenzó a tocar el pecho dando respiraciones profundas y agitadas, como si necesitara una bolsa de papel para respirar. Todo indicaba que su nivel de ansiedad era elevado.

De manera brusca, intentó despertar a Diego jalándole el brazo. Mientras tanto, se repetía a sí misma en voz baja con un gesto de culpa:

- Qué vergüenza, no voy a poder verlo nunca más. ¿Qué hice? No debí tomar tanto. Y ahora ¿qué va a pasar?

Al ver que Diego no se despertaba, le dio unas palmadas en su cara y le dijo exaltada, pero a la vez susurrando para no despertar a su familia:

- ¡Diego, tienes que irte!

Diego se despertó de forma abrupta, su cara denotaba confusión, no entendía en ese momento el por qué Carolina estaba tan alterada.

Finalmente logró pararse, y con dificultad, le dijo a Carolina:

- Caro, ¿qué pasa?

- Diego, tienes que irte ahorita sí o sí, por favor.

- Caro, es temprano, son como las 5 de la mañana, no voy a encontrar carro para irme.

Carolina, casi ignorando la situación en la él que estaba, lo empujó discretamente hacia la puerta diciéndole:

- No, nada que ver, ya es tarde, sí vas a encontrar, pero en serio tienes que irte.

Diego se quedó extrañado frente a la reacción de su amiga. Sin embargo, llegó a un punto en el que emitió un suspiro de resignación y decidió ya no seguir dándole la contra, por lo que accedió irse.

A penas se fue, Carolina corrió a su cuarto y volvió a meterse entre sus sábanas para esconderse y, de manera inevitable, fue recordando los hechos vergonzosos de la noche anterior.

Resulta que un día antes, Carolina, Diego y su grupo de amigos habían asistido a una ceremonia, estaban celebrando las bodas de plata de los padres de Brenda.

Carolina, “para ahogar las penas”, había bebido media botella de whisky y dos copas de vino, lo cual es una mala combinación para alguien de ánimo bajo. Como consecuencia, estuvo la mitad de la fiesta con la cabeza apoyada en la mesa, aislándose del resto del grupo.

Un par de horas después, Diego se acercó a Carolina para pedirle el favor de quedarse a dormir en su casa, pues que vivía en una zona lejos del local.

Carolina ya se mostraba evidentemente ebria. Era lo mismo de siempre, es decir, tenía los ojos caídos, el rostro completamente rojo y su lenguaje era poco articulado, más que nada emitía balbuceos.

Ni siquiera se acuerda sí aceptó, pero al ser tan cercanos y no ser la primera vez que le ofrecía su casa, todo transcurrió con normalidad.

Al llegar a la casa, Diego intentó hablar con Carolina, pues durante de la fiesta escuchó que estaba diciendo cosas perturbadoras como “me quiero matar”, “nadie me quiere”, “qué sentido tiene que siga viviendo”.

Diego, de manera implícita, sabía que estaba causando cierto nivel de estrés en Carolina. Le parecía muy obvio que ella estaba enamorada de él. Además, Carolina tenía que verlo constantemente ser cariñoso con Erika, que era la mejor amiga de ella, y eso podría estar perturbando a Carolina aún más.

Era un triángulo amoroso muy bizarro. Por un lado, Diego generaba sospechas de su grupo de amigos

cuando se mostraba cariñoso con Erika delante de ellos, ya que lo consideraban una persona poco expresiva, por ello asumieron que "tenían algo" y lo repetían constantemente, dándole, sin querer, puñaladas en el corazón a Carolina.

Por otro lado, Diego no ignoraba a Carolina del todo. Cada vez que ella intentaba alejarse o se presentaba la oportunidad de estar solos, se mostraba igual cariñoso con ella.

Cabe mencionar que, un elemento que hacía que este triángulo sea aún más bizarro, es que había un pacto entre Carolina y Erika: tenían que contarse absolutamente todo lo que tenga que ver con Diego. Esto resultó en una situación estresante para ambas, porque la alegría de una resultaba el sufrimiento de la otra, lo cual iba deteriorando su estrecha amistad de a pocos.

Sumado a ello, estaba el hecho de que Diego no había expresado tener un sentimiento en especial hacia alguna de las dos, por lo que estos malos ratos experimentados por las dos no se prestaban para algún reclamo, lo que les generaba todavía más impotencia.

Al llegar a su casa, Carolina, con dificultad para caminar, se quitó sus tacones y le ofreció a Diego, como es de costumbre, el sillón para que pueda dormir. Luego ingresó a su habitación para buscar alguna cobija que pueda prestarle a Diego.

Al regresar a su sala, Diego tomó con suavidad por el brazo de Carolina y le dijo:

- Caro, siéntate un rato, quiero hablar contigo… algo te pasa, has estado rara hace días y escucharte diciendo hoy de que querías morir me preocupó

mucho. Sé que no soy la persona más expresiva del mundo, pero eres mi amiga y quiero que estés bien.

Carolina comenzó a reírse, más que nada por el estado de ebriedad en el que se encontraba. Luego de eso, le respondió entre risas a Diego:

- Dieguito, lo debo haber dicho por decir, qué se yo, no le des importancia.

- Caro, te conozco, a ti te pasa algo.

Carolina, lejos de mostrarse triste, continuó riéndose y le dijo de manera lúdica:

- Tú sabes…

Diego, con rostro de confusión, le preguntó:

- ¿Qué es lo que sé?

En esta dinámica de intriga, Carolina siguió jugando con el tema un rato, hasta que de manera abrupta confesó:

- Lo que pasa, Diego, es que estoy enamorada de ti, llevó dos años sintiendo esto y me genera una sensación horrible estar como una bola de pingpong. Es obvio que quieres estar con Erika y ella contigo, ya estoy harta, yo te quiero, pero prefiero salirme de esta locura.

Se produjo un silencio abrupto entre ambos. Diego había quedado pasmado por lo que acababa de escuchar, sospechaba lo que sentía Carolina, pero no esperaba una declaración de amor tan directa.

Carolina, no contenta con la confesión, se colocó encima de Diego y lo besó de forma intensa. A Diego no

le desagradó la situación, por lo que se dejó llevar un rato, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Entonces, detuvo el beso volteando su cara a un costado y le dijo a Carolina:

- Caro, te quiero mucho, precisamente por eso no te conviene tener nada conmigo. Tú eres de las que quieren un personaje de Disney a tu costado, que te trate como princesa y te diga las cosas cursis. Sabes que, por más que somos los que más sintonizamos en el grupo y que nadie me conoce como tú, no puedo ofrecerte eso que tú quieres.

Carolina se puso a la defensiva y le dijo:

- ¿Y a Erika sí? Y sí te conozco, sé lo que puedes ofrecerme y no espero más. Siempre te he querido tal cual eres, precisamente porque te conozco. Lo sé. Así que no saques conclusiones de ese tipo, no tengo complejo de princesa, y si no me quieres dar bola, normal, pero no te pongas en esa onda condescendiente que odio.

  Es más, yo no sé qué sigo haciendo aquí hablando contigo de esto, mejor me voy a dormir. Chau, descansa.

Carolina se paró con algo de dificultad y con el rostro completamente rojo por sentir que había hecho el papelón de su vida. Intentó, entre tambaleos, ir a su habitación. Diego le tomó la mano y le dijo:

- Caro, porfa, no te vayas, no quiero que la conversación termine así.

- No hay problema, Diego. Ya entendí. Todo fresh. Solo no voy a continuar con un tema que es unilateral,

es muy vergonzoso.

Ante la insistencia de Diego, Carolina regresó al sillón y él se quedó mirándola con cierto brillo en los ojos y una sonrisa sutil que reflejó una expresión de ternura. Hubo un silencio cómodo de contemplación entre ambos. De pronto, Diego se acercó hacia ella dándole un beso tierno.

A pesar de ello, reiteró en que no puede tener algo con ella porque no sabe cómo funcionan las relaciones. Carolina, en las nubes por el beso que le dio, pero a la vez con resignación, le dijo:

- Tienes razón, no va a funcionar. Yo tampoco sé cómo son esas cosas.

Carolina se dio cuenta de que no quería acordarse de más cosas, consideraba que ya era suficiente con los fragmentos que tenía en mente. Cada vez que aparecían esos recuerdos, eran tan perturbadores que los síntomas de la resaca se intensificaban.

Comenzó a sentir culpa por Erika, dentro de ella nacían los pensamientos de que le había fallado a su mejor amiga, por lo que decidió armarse de valor y cumplir con el pacto, es decir, contarle lo que había sucedido con Diego. Es así como decidió llamarla:

- Erika… amiga, ¿cómo estás?

- Bien… ¿qué fue, Caro?

- Debo conversar contigo de un tema importante, pero debe ser en persona, ¿tú crees que en 10 minutos pueda aparecer en tu casa?

Erika se quedó en silencio un rato, demostrando estar nerviosa, sin embargo, emitió una voz firme que le permitió esconder su vulnerabilidad y le dijo:

- Estamos misteriosas… Ya, ven. Pero estoy en pijama, más te vale que sea importante, acabo de despertar.

Carolina se puso una polera y unas Converse, se hizo un moño y salió apurada hacia la casa de Erika, que estaba a 6 cuadras de la suya.

Al llegar, Erika le ofreció que pase, pero ella prefirió hablar con ella en la entrada. Se sentaron en las gradas que estaban junto a su jardín y comenzó la conversación.

Carolina dio un suspiro muy grande. Sin atreverse a mirar a su amiga, comenzó a morderse las uñas. Luego, se puso las manos sobre el rostro como si se estuviese ocultando. Finalmente, comenzó a hablar.

- Lo voy a decir de frente, porque no se me ocurre otra manera de contarlo. Ayer, que Diego se quedó en mi casa, le dije todo lo que sentía y me lo agarré.

  Estaba ebria, amiga. En verdad no fue mi intención lastimarte, te lo cuento por el pacto que tenemos, pero es muy difícil, no quiero verte sufrir. Si te sirve como consuelo, no es que precisamente me haya correspondido. Ahora solo sabe lo que siento por él.

Al terminar de contarle, Carolina notó que Erika estaba evidentemente afectada; la conocía tan bien que sabía que detrás de frases como: “no es mi roche” y “ustedes pueden hacer lo que quieran”, se escondía un corazón roto.

Además, pudo observar la actitud usual que tiene Erika cuando quiere resistirse a que la vean llorar. Vio cómo se colocó el cabello sobre la cara y estaba

mirando hacia abajo.

Carolina quería seguir conversando con Erika del tema, pero comenzó a sonar su celular de forma insistente. Era su hermana diciéndole que tenía que ir corriendo a su casa, pues el taxi llegaba en media hora para llevarlas al bendito evento de la universidad de Carolina, una especie de kermesse escolar elevado a la enésima potencia.

Con la resaca y lo sucedido un día antes con Diego, lo último que quería Carolina era ir al evento, pero se vio en la obligación de tomar una ducha y alistarse, pues quería complacer como siempre a su mamá. Su mamá, quien estaba emocionada por asistir, dado que era su alma mater, quería recordar junto a sus hijas como fueron sus experiencias universitarias en los años 80's.

El evento para Carolina fue una tortura. Había atracciones espectaculares como globos aerostáticos y juegos de realidad virtual, así como el clásico servicio de foto familiar. Pero aún se sentía mal por todo lo que había bebido la noche anterior y la conversación con su amiga hace algunas horas.

Ella no se podía concentrar en lo que sucedía a su alrededor, su madre quería ir a todos los stands, mientras que ella estaba tan apagada que ni siquiera quiso salir en la foto familiar.

Al llegar a casa, Carolina encendió su laptop y de inmediato Diego la saludó. Ella le respondió el saludo e intentó no generar que la conversación se extienda mucho por lo que habían pasado.

A pesar de sus intentos fallidos, Diego intentó introducir el tema con un:

- Oye, Caro, ¿qué fue ayer?

Apenas Carolina leyó el mensaje, nuevamente se escondió bajo sus sábanas, y siendo a penas las 8 de la noche, le dijo a Diego:

- Diego, sorry, pero me tengo que ir, me estoy muriendo de sueño. Mañana hablamos. Cuídate.

Carolina cerró con temor la laptop, como si tuviese que evitar que una bestia espantosa salga de la pantalla. Como es obvio, no se durmió, irónicamente no pudo dormir hasta las 3 de la mañana, pensando y pensando en lo sucedido. Se decía a sí misma:

- Ya la fregué con Diego, con Erika. ¿Por qué tome tanto? Sabía que el whisky no era una buena idea, siempre termino cagándola. Jamás dejaré que me vean la cara, es demasiado roche.

Al día siguiente, apenas Carolina se conectó al Facebook, Diego fue más directo y exigió hablar del tema. Carolina comenzó a temblar y de nuevo a ponerse roja, no le respondió nada, más bien llamó a Erika para que vaya a su casa y la ayude a manejar la situación.

Al cabo de unos minutos, Erika llegó, y con intención de desahuevar a su amiga, le dijo:

- Caro, tú te declaraste, tú lo besaste. Debes asumir lo que hiciste y dar la cara, así que responde. Es más, pregúntale qué siente él por ti. Así se simplifica este asunto de una puta vez.

Carolina, un poco nerviosa, le respondió a Diego y asumió lo que dijo:

- Sí, Diego, estoy enamorada de ti hace tiempo, nunca te dije nada para que no sea incómodo. Aparte, sé que la persona que te gusta es Erika,

yo salgo sobrando ahí. Así que sí, o sea, fue una confesión, pero no espero nada de eso, es más, me muero de la vergüenza. Creo que debería alejarme un poco.

Diego le respondió:

- Caro, tú eres mi amiga más cercana, no quiero que se pierda eso. Además, ¿quién se va a reír de mis chistes?

  Yo no tengo nada con Erika, no sé de dónde has sacado eso. Yo estoy fresh con las dos, todos somos amigos y punto.

Carolina no tenía muchas ganas de hablar del tema, así que, después de leer eso, le dice que se tiene que ir a hacer algunas cosas y cerró su laptop.

Es en ese momento, Carolina y Erika comenzaron a conversar:

- Erika, creo que no es sano todo esto.

- ¿A qué te refieres, Caro?

- A que contarnos todo lo que pasa con Diego solo nos hace daño.

- ¿Y qué propones?

Carolina dio un suspiro, se queda un rato en silencio intentando pensar en una solución, y luego le dice a Erika:

- Vamos a hacer un trato, tú que has besado primero a Diego, habla con él, le dices lo que sientes y le pides que te dé una respuesta concreta, no como la que me dio a mí.

Si él te dice que siente lo mismo, yo te prometo que no me meto en lo suyo y me hago a un lado y nunca más tocamos el tema. Pero creo que merecemos saber, no sé tú, pero esta incertidumbre ya llego a mi tope. Y eso de contarnos todo lo que pasa con Diego se está volviendo tóxico.

Erika accedió al trato y quedaron en una fecha en específico. A Carolina no le quedaba más que esperar la respuesta. A pesar de querer mucho a su mejor amiga, había una parte de ella que deseaba que Diego no estuviese interesado en Erika.

Carolina y su grupo de amigos, como de costumbre, se reunieron en pasto que estaba al lado de la biblioteca central de su universidad.

Ella estaba completamente ansiosa, pues era una noticia muy importante para ella. Comenzó a morderse las uñas y temblar.

Ya casi de noche, apareció Erika con una falda negra larga de gaza de corte asimétrico y un top amarillo que combinaba a la perfección con la falda, se notaba que su ropa era nueva y que se había esforzado por su arreglo, lo cual por alguna razón extraña incrementó la ansiedad de Carolina.

Un poco después de la llegada de Erika, Carolina sintió que tenía que irse, guardó sus cosas en la mochila y se fue sin decir nada.

Se subió al primer bus que encontró en el camino para ir a su casa. En todo el trayecto Carolina sintió un nudo fuerte en la garganta, necesitaba deshacerse de ese nudo, pero no quería llorar frente a gente desconocida.

Al llegar a casa, dejó su mochila tirada en cualquier lugar y se puso su pijama mientras pensaba en cómo

desahogarse. Se le ocurrió la idea de buscar a su mamá para tener un hombro en donde llorar. Sin embargo, su mamá le dijo lo habitual:

- Caro, por favor, déjame dormir, todo está en la mente. Anda a tu cuarto.

A ese nudo en la garganta se le sumó una sensación de intensa incertidumbre, no pensaba en nada más que la respuesta que le iba a dar su amiga.

Ya eran las once de la noche cuando se prendió la luz de notificación de su tablet. Carolina, con mucho miedo, suspiró y esperó cinco minutos poniéndose boca abajo en su cama.

Después, se llenó de valor, abrió la ventana de conversación de Erika y le preguntó que fue lo que pasó:

- Erika, ¿qué fue?

- Me dijo que yo también le gusto.

Ella se quedó un minuto revisando la pantalla, con los ojos fijos en esta, como si la respuesta fuese a cambiar agitando el aparato.

Entró en un estado de negación, y entre inevitables lágrimas, intentó que Erika ahonde en el tema:

- Pero, dime, ¿qué te dijo?

Erika, que en ese momento estaba en las nubes y no quería arruinar el momento de felicidad que la embriagaba, solo le dijo a su amiga:

- Caro, ya te dije lo que te tenía que decir, en eso habíamos quedado. Ahora, ya. Tema cerrado. Nunca más hablemos de esto.

Carolina aceptó la respuesta de su amiga y lloró desconsoladamente, como en toda decepción amorosa de un adolescente.

Al terminar de llorar, comenzó a hacer planes para su futuro, es decir, cómo lidiar con el tema. En primera instancia decidió que lo mejor era alejarse de Diego y de Erika, no por estar enojada, sino porque verlos juntos iba a ser una tortura.

Para que él no crea que es algo personal, optó por aislarse de todo su grupo de amigos. Trató de pensar en una excusa para no hacer una desaparición dramática, pero no se le ocurrió ninguna.

Aprovechando que estaban de vacaciones y que las posibilidades de cruzarse con ellos dependían de ella, intentó evadir el chat grupal donde coordinaban para verse.

El problema es que, si bien Carolina ya no sufría por lo sucedido con Erika, ese grupo de amigos era muy importante para ella, lo cual resultó extremadamente perjudicial para su salud mental.

En primer lugar porque su ambiente familiar era constantemente disfuncional, a veces experimentaba episodios de violencia y otras era completamente ignorada. Pasar tiempo con sus amigos reemplazaba esa sensación de soledad y temor que le generaba estar en su casa.

Por otro lado, Carolina se sentía estrechamente unida a ese grupo, pues hace dos años tuvieron que afrontar en conjunto una situación muy difícil, el fallecimiento de una persona muy especial, Andrea. Ella era un miembro más del grupo cuando iniciaron la universidad. Tenía una personalidad muy cautivadora, jamás la veías enojada, para ella, su lema de vida era “dejar que todo fluya”.

Carolina, que había estudiado toda su vida en un colegio católico de monjas y mujeres altamente conservador, vio en Andrea la oportunidad de vivir todas esas experiencias que las monjas tanto criticaban. Por ese motivo, hubo una afinidad inmediata, convirtiéndose en mejores amigas.

Con ella, Carolina tuvo su primera borrachera, la cual fue muy divertida, ambas corrían de la mano por la avenida Universitaria riéndose de cualquier cosa y trolleando a extraños.

Todo el tiempo se la pasaban caminando del brazo y escuchando música juntas, se sentaban juntas en clase, comían juntas, etc.

Un domingo, Andrea invitó a Carolina a una fiesta en Barranco llamada "Hippie Sunday", pero Carolina no se sentía con muchos ánimos de salir, por lo que le dijo que podían ir al evento de la siguiente semana, lo cual aceptó Andrea.

Todos los lunes, el grupo iniciaba clase al medio día. Para ellos era costumbre esperar en el comedor de la facultad de Letras a que uno por uno vaya llegando al comedor para poder entrar a clase todos juntos.

Aquel lunes fueron llegando de a pocos. Cuando llegó Andrea tenía un semblante un poco extraño, ella solía ser una persona enérgica, pero ese día estaba apagada, aletargada y con dolor de cabeza. Carolina atribuyó este estado a la resaca por el evento de la noche anterior.

Diez minutos después, recibieron la notificación de que la clase había sido cancelada; al ser la única clase que tenían ese día, podían irse a casa si querían.

Erika comenzó a sentir náuseas y pidió que la ayuden a irse a casa. La persona más indicada para realizar

dicha labor era Carolina, porque vivían a unas cuadras. A pesar de eso, decidió no acompañarla, tenía la intención de quedarse para leer algunos textos en la biblioteca que tenía pendientes para un control de lectura.

Andrea quiso leer junto a Carolina, y Diego se sumó al plan. Es entonces que Diego dijo que iba por unos cigarros y las alcanzaba.

Andrea y Carolina intentaron entrar a la biblioteca, pero la burocracia de la universidad, como siempre tan engorrosa, no dejó pasar a Andrea, pues había extraviado su carnet de identificación. Carolina y Andrea intentaron persuadir al señor de seguridad sin obtener alguna respuesta positiva. Es ahí donde Andrea le dijo a Carolina:

- Caro, anda entrando y yo buscaré mi carnet, tiene que estar en algún lado. Lo encuentro y nos encontramos en el segundo piso.

- ¿Segura que no quieres que te acompañe?

- No, no te preocupes, debe estar en el pasto donde estuvimos en la mañana. Regreso al toque.

- Está bien, te espero. Pero prométeme que no me vas a dejar plantada como la otra vez que te olvidaste de despedirte jaja.

- Jajaja, esta vez sí o sí regreso, pinky promise.

- Oki, pinky promise.

Ambas estrecharon su dedo meñique y cada una fue a donde tenía que ir. Andrea volteó en dirección al pasto, sacudiendo su larga cabellera lacia y negra. Carolina, en dirección a la biblioteca, volteaba de

rato en rato mirando cómo su amiga se iba.

Media hora después, Diego encontró a Carolina en la biblioteca y le preguntó por Andrea. Ella le respondió:

- No tengo idea, me dijo que iba a buscar su carnet para poder entrar, pero ya ha pasado como media hora y no regresa y esta lectura es insufrible, no es lo mismo sin ella.

- Ya pues, Caro, entonces mejor vamos a buscarla.

Carolina y Diego recorrieron todos los espacios de la universidad donde creían que podría estar Andrea, incluso los que no.

En esa época no había smartphones; además, Andrea era anti tecnológica, por lo que muchas veces, cuando se perdía e intentaban llamarla para localizarla, al no estar pendiente de su celular, no contestaba, y eso se había vuelto una costumbre para ella.

Aquel día, después de casi una hora de búsqueda, se resignaron. Carolina se enfadó un poco:

- ¿Por qué siempre nos hace lo mismo? ¿Qué le cuesta avisar? Estamos acá buscándola como una hora.

Al día siguiente, Andrea no acudió a ninguna clase. Asumieron que como ese día tenía una fiesta para celebrar el cumpleaños de su mejor amigo, había faltado para organizar los últimos detalles del evento.

Lo extraño es que no se conectaba a Facebook, seguía sin responder su celular y volvió a faltar al siguiente día. Carolina comenzó a sentir que su pecho se comprimía ligeramente, pero no tenía una actitud fatalista frente al tema, pensaba que tal vez su amiga se había ido de viaje o que le había dado

gripe.

De todas formas, Carolina quería saber qué era lo que estaba pasando, pensaba que, tal vez si Andrea tenía gripe, le iba a hacer bien que vayan a visitarla. Es entonces que le pidió a una amiga la dirección exacta de Andrea, ella también le manifestó su preocupación por ella, por lo que le pidió a Carolina que la mantenga al tanto de la situación.

El jueves, antes del mediodía, Carolina salió de la ducha, y como es de costumbre para ella, se puso a escuchar música mientras se arreglaba. Por alguna extraña razón se preguntó a sí misma, ¿qué será de mi amiga? casi en paralelo se reprodujo la siguiente canción de su playlist, la cual era la canción favorita de Andrea: Dj Got Us Fallin' in Love.

A Carolina le pareció un suceso extraño que hizo que se le pusiera la piel de gallina, sin entender por qué. Sentía que esa canción era una señal de que algo no estaba bien. Igual intentó ignorarlo y terminó de arreglarse para tomar un bus que la lleve a casa de Andrea.

Al llegar tocó el timbre, esperando que Andrea le abra la puerta con su pijama y con un tissue en la mano. Sin embargo, quien la recibió era una señora, su abuela. Carolina le dijo:

- Buenos días, señora, soy una amiga de la universidad de Andrea. ¿Está? Quisiera visitarla, me ha dejado un poco preocupada no verla en clase estos días.

A la señora se le comenzaron a salir las lágrimas, y entre sollozos, le respondió:

- Hijita, ¿no te han avisado? Andrea falleció hoy en

la madrugada.

Carolina mostró un rostro completamente inexpresivo, como si no hubiese escuchado lo que le dijeron. Luego, dentro de su negación, pensó que era imposible que su amiga esté muerta así como así. Por lo que le respondió a la abuela:

- No, señora, se está equivocando. La persona que yo busco estudia conmigo, es de mi edad, ella no puede estar muerta. De repente me equivoqué de casa.

- Hijita, sí es la Andrea que buscas. Sé que es difícil de aceptar, pero ahora es un angelito.

Carolina continuó sin procesar la noticia, pero dejó de contradecir a la señora, como si una parte de ella estuviese asimilando la noticia gradualmente.

La señora notó que Carolina se encontraba en estado de shock, por lo que la invitó a pasar a su casa. Carolina se sentó sobre el sofá y conoció al perro de Andrea. Era un perro salchicha, muy hiperactivo y cariñoso, se le acercó a Carolina y ella lo acarició pensando que el perro tenía un trozo de vida de Andrea.

Su abuela le comentó que la causa de su muerte fue el quiebre de un aneurisma cerebral. Ese tipo de cosas que te llevan de la nada, no los puedes predecir y dejan a los demás atónitos.

Carolina logró salir del shock y le dio sus condolencias a la abuela, quien también se encontraba deshecha por haber perdido a su nieta.

La abuela le dio los datos del funeral, y casi con todo el cuerpo entumecido, Carolina decidió irse a la universidad para avisarle al resto del grupo, es decir:

Brenda, Erika, Diego y Leonardo.

En la universidad, era uno de esos jueves donde al medio día la universidad tenía el famoso "Jueves Cultural", venían bandas, actores, había conferencias, etc. Cada uno iba a la actividad que le interesara más, por lo que al llegar a la universidad, a Carolina se le hizo más difícil reunirlos a todos.

Primero buscó a Erika, quien se encontraba ensayando con sus amigas una coreografía. Se supone que estos ensayos eran privados, pero Carolina tocó la puerta y pidió hablar con Erika con urgencia. Al darle la noticia, Erika abrió sus ojos como si fueran dos platos y se quebró:

- ¡Puta madre! NO, Caro, dime que no es cierto.

Carolina, que no se había quebrado ni pretendía hacerlo delante de ellos, abrazó a Erika, quien estaba hecha un mar de lágrimas e intento consolarla.

Le dijo que tenían que reunirse con los demás. Lo bueno es que no fue muy difícil encontrarlos, porque Brenda, Leonardo y Diego habían ido a la misma conferencia.

Brenda recibió la llamada telefónica de Carolina, quien le contó sobre la muerte de Andrea, el grupo quedó en reunirse en el pasto frente a la biblioteca.

Al llegar, Erika y Brenda se abrazaron, mientras lloraban de manera desconsolada. Por su parte, Diego, sin decir ni una palabra, sacó un cigarrillo y lo fumó mirando al suelo. Leonardo intentó amenizar la situación contando un chiste pesado, que obviamente no fue bien recibido por el grupo generando un silencio incómodo.

Carolina era muy reservada con sus emociones cuando

conocía recién a una persona, por lo que no sabía qué hacer ahí. Para ella no era tan fácil exteriorizar.

Carolina decidió irse de ahí. Primero fue a la capilla de la universidad. Eso le brindó una sensación de soledad, por este motivo, optó por irse de ahí. Camino a la salida. Se encontró con varios compañeros que intentaban darle el pésame, ella solo caminó en dirección a la casa de su mejor amiga del colegio, pero incluso pasar tiempo con ella no le brindó la paz que estaba buscando.

Comenzó a desesperarse, regresó a la universidad y encontró a su grupo de amigos exactamente donde los había dejado. Ella les dijo que pensaba asistir al velorio y les brindó a todos los datos para que ellos también pudieran ir.

Diego y Leonardo notaron que la actitud de Carolina era muy extraña, parecía que estaba a punto de derrumbarse, pero había una pared delante de ella y actuaba de modo mecánico. Por ese motivo, decidieron que lo mejor era ir con ella al funeral.

Ella igual se aisló. Al llegar al velatorio, el funeral no había empezado, solo quedaba esperar en el malecón.

Carolina no quería conversar con nadie, por lo que, dejó a sus amigos en el malecón y entró al salón vacío donde iban a velar a su amiga y se sentó.

De pronto, se acercó a ella una señora que se sentó a su costado. Era la clásica señora que va a los funerales para enterarse de todo. Comenzó por decirle a Carolina:

- Es una pena que haya pasado esto ¿no?

Carolina, quien estaba con los ojos caídos, pálida y mirando a un punto fijo como si estuviese ida, volteó

y sin mirar directamente a la señora asintió con la cabeza. Sin quedarse tranquila con eso, la señora le dijo:

- Yo soy su vecina, lo que no sé es quien murió. ¿La más flaquita o la otra? ¿tú sabes?

Carolina, sin responderle nada, salió de ese salón y regresó con sus amigos. Estuvieron un par de horas en su velorio y luego se retiraron a sus casas.

Las redes sociales eran una locura. Todos los que la conocían le escribían y algunas personas sentían pena por Andrea e intentaban mandarle mensajes para darle su apoyo. Eso le pareció poco genuino a Carolina, porque ellos no habían sido muy cercanos a Andrea.

Las únicas palabras genuinas las recibió de Diego, pues detrás de su aparente fachada de persona insensible, demostró su lado más tierno intentando consolar a Carolina.

El día siguiente fue una tortura, cada profesor comentó su parecer con respecto a la muerte de Andrea.

La profesora de Matemática vio a algunos alumnos, que evidentemente no eran del ciclo de Andrea, conversando mientras ella dictaba. Ella detuvo su clase y atinó a decirles:

- ¿Su compañera acaba de fallecer y ustedes se ríen?

La clase de Historia fue la más dolorosa, eran esos salones donde los escritorios estaban colocados en peldaños, cada uno tenía tres asientos.

Lo que el grupo solía hacer era acomodarse en la

parte de atrás. Carolina y Andrea, mismo siamesas, se acomodaban las dos solas atrás de los chicos.

Ese día, el profesor, quien era muy católico, pidió realizar una oración grupal para conmemorar la muerte de su alumna.

Carolina no podía seguir la oración, su mente estaba concentrada en el asiento que le pertenecía a Andrea y que ahora sólo estaba plegado y vacío, lo cual la estaba matando por dentro.

Este profesor tenía la costumbre de no permitir que nadie salga en la mitad de su clase. A ella no le importó, cogió sus cosas y se fue.

Se quedó sentada en las bancas que estaban afuera del salón, comenzó a temblar y a morderse las uñas.

De pronto, se encontró con amigos en común entre Andrea y ella. Al ver a Carolina en ese estado, le comentaron que ellos pensaban ir de nuevo al velorio, por lo que le ofrecieron que se una al grupo para que no vaya sola.

A pesar de que le pareció un gesto bonito, ella se negó a ir con un grupo de 20 personas para llorar delante de ellos.

Al cabo de unos minutos, salen sus amigos de la clase de Historia con sus cosas y dicen que ellos tampoco pueden estar ahí.

Brenda, al ver que Carolina estaba obstinada a ir al velorio, propuso que vayan todos juntos, pues no notaba muy estable a Carolina, quien era la única que no había llorado y tenía un semblante que reflejaba que con tan solo un soplo se iba a desmoronar en pedazos.

Dentro de la mente de Carolina rondaron muchas

cosas que no le permitieron enfrentar esta situación de forma saludable. Se repetía a sí misma de forma constante: ¿por qué dejé que se vaya sola? ¿cómo no me di cuenta que mi amiga tenía eso? ¿qué va a ser de mí sin ella?

Carolina accedió a que su grupo la acompañe, pues ellos eran su grupo más cercano, con los que casi siempre se reunía para todo.

Al llegar al velorio, pudieron ver que estaba repleto de personas, por lo que decidieron solo estar en el malecón viendo desde lejos cómo velaban a su amiga. Esta vez nadie habló, todos contemplaron lo que había alrededor, no tenían nada que decir.

Un poco antes de que comenzara el entierro, ellos decidieron no ir porque sentían que le estaban quitando el lugar a alguien que tal vez era más importante en la vida de Andrea. De pronto, se acercó la hermana gemela de Andrea, pidiéndoles que por favor vayan al entierro. Ellos respondieron:

- No queremos incomodar, no te preocupes.

- No, no, para nada. Significaría mucho que ustedes estén ahí. Andrea me ha hablado mucho de ustedes, los quería mucho.

Ellos aceptaron, pero al ver el vivo retrato de su amiga se quedaron perplejos. Caminaron aproximadamente una cuadra, y de pronto, Brenda se sentó en el malecón, rompió en llanto y dijo:

- No, ya no puedo más. Esto es demasiado. Era Andrea hablándonos.

Leonardo y Erika se sumaron a este llanto y se abrazaron entre ellos. Carolina se mantuvo en su neutralidad y Diego sacó un cigarro sin decir tampoco

una sola palabra.

Llegó el momento del entierro, el sacerdote ofreció una especie de misa frente al cajón de Andrea. La capilla era gigante, parecía que todo fuese de mármol gris, lo cual le daba un aspecto tétrico al lugar. Carolina solo fijó la mirada al cajón, pensando que esos eran los últimos minutos que podría estar cerca de ella.

Cuando bajaron el ataúd, Carolina comenzó a ver cómo la gente lloraba a su alrededor. Recuerda que vio que su hermana no lloraba, pero si tenía un semblante de tristeza reflejado en sus ojos apagados y sus cejas curvilíneas; a pesar de ello, Carolina notó que, en comparación con las demás personas, ella estaba más tranquila.

El cajón fue bajando. Carolina comenzó a escuchar sollozos colectivos, volteó y vio que Leonardo estaba llorando desgarradoramente, con un poco menos de intensidad también lo hacían Brenda y Erika.

En ella brotaron inevitables lágrimas que se iba secando con su manga. Diego cruzó los brazos y, si bien no estaba llorando, no podía mantener la mirada hacia arriba.

Al culminar el velorio, todo el grupo se abrazó. Solamente ellos entendían lo que se sintió haber perdido a Andrea. A partir de eso, de alguna manera se generó un lazo muy fuerte entre ese grupo de amigos, pues todos buscaban superarlo brindándose apoyo mutuamente. A partir de ese momento, Carolina decidió que ese grupo era su familia y no deseaba separarse de ellos por nada del mundo.

Es por ese motivo que, a Carolina, haber tomado la decisión de separarse del grupo le resultó devastador. Sentía que era el único recurso que le quedaba para mantenerse en pie, por lo que cayó en una profunda

depresión que detonó en un intento de suicidio.

Lo curioso es que sus amigos desconocían de la situación por la que estaba pasando Carolina, pues ella siempre aparentaba ser una persona muy alegre, risible y chistosa. No se imaginaban que precisamente ella pueda estar en un cuadro de depresión tan fuerte y menos que llegaría al punto de intentar suicidarse. Carolina siempre intentó ocultarlo, no quería que la vieran con lástima.

El intento de suicidio de Carolina no cumplió con los objetivos que ella esperaba. Tomó varias pastillas para dormir en la noche, se despidió del mundo que tanto dolor le había causado y esperó no despertar nunca más.

Al día siguiente, abrió sus ojos y se sintió un fracaso total. Pensó que era tan inútil que ni llevar a cabo un suicidio le resultaba bien. Oportunamente, aquel día, su familia tenía un desayuno con un amigo cercano.

La madre de Carolina intentó que se levantara de su cama para poder ir al famoso desayuno.

- Caro, levántate, ya es tarde. Anda, arréglate al toque.

- Mamá, no me siento bien, creo que yo no voy, prefiero quedarme en mi cama.

- No, tú tienes que venir con nosotras, sabes que va a preguntar por ti y qué le voy a decir. Así que ya, déjate de tonterías y vamos.

- Está bien, mamá, ahí voy.

Su madre se retiró de su habitación y Carolina, con resignación, intentó pararse de su cama; lo malo es que la sobredosis si había generado ciertos efectos.

Carolina se tambaleó hasta el baño más cercano, y de un momento a otro, sus piernas se convirtieron en gelatina y comenzó a tener la mirada borrosa, lo que hizo que cayera al suelo de su baño sin tener la más mínima capacidad de poder levantarse.

Su hermana menor pasó por ahí y la encontró tirada en el suelo. Lo primero que hizo fue gritar del impacto, y mientras intentaba sostenerla, le preguntaba con un tono de genuina preocupación:

- Carolina, ¿qué te pasó? ¡mamá, ven rápido!

Su mamá estaba en su cuarto arreglándose, y como si fuese una molestia el hecho de que le estén haciendo perder su tiempo, fue y la hermana menor le dice:

- Mamá, se ha tomado las pastillas para dormir, no sé qué hacer. Deberíamos llevarla al médico.

- ¿Es en serio, Carolina? ¿justo en este momento vienes con tus tonterías? Ya me malograste el desayuno, ahorita mismo te me largas de la casa.

Aprovechando que Carolina aún yacía en el piso, tiro de su larga cabellera y la arrastró hasta la puerta de su casa.

- Lárgate, estoy cansada de tus tonterías, de tu supuesta depresión. ¿Por qué siempre tienes que malograr todo? Si te querías matar, hubieras elegido otro día.

Las hermanas de Carolina intentaron detener a su mamá y lograron calmarla. Lo único que dijo fue:

- Bueno, todavía estamos a la hora para ir. Dejen a Carolina que se pudra en su cama y vamos.

Sus hermanas no estaban de acuerdo con la orden

de su madre, pero al mismo tiempo, pensaron que si la contradecían más el conflicto se podía intensificar. Con todo el miedo del mundo la acomodaron en su cama y se fueron con su madre, preocupadas de dejar a Carolina en ese estado.

Al regresar a casa, la madre de Carolina la ignoró por completo, más bien, se encerró en su cuarto dando a entender que no quería verla.

Carolina estaba entre dormida y despierta, por el efecto de los somníferos. Sus hermanas se quedaron observándola. Por momentos, Carolina se despertaba y gritaba:

- ¡Déjenme morirme por favor! Ya no aguanto este dolor, no me torturen.

Sus hermanas la miraron con compasión, sin tener idea de qué podían hacer para animarla. Es entonces que a una de ellas se le ocurrió llamar a Erika, quien, al enterarse de la situación, acudió inmediatamente a ver a Carolina.

Sus hermanas optaron por dejarlas solas. Erika intentó hablarle de varios temas para distraerla, y poco a poco, el estado de ánimo de Carolina fue mejorando. Una de las cosas que Erika le mencionó antes de irse a su casa fue que sería bueno comentarle a su grupo de amigos lo que había intentado hacer. Por último, le aconsejó que no tenga miedo de pedir ayuda. Carolina respondió:

- Lo voy a pensar, gracias por venir.

Al día siguiente, nuevamente su madre había quedado en ir a aeropuerto para despedir al mencionado amigo, quien vivía en Estados Unidos. Su madre, sí o sí tenía que ir, a pesar de conocer el estado de su hija y los riesgos que esto suponía.

Nuevamente, su mamá no quería ir sola “para no quedar mal”, entonces le pidió a las hermanas de Carolina que la acompañen. Ya no se encontraba enojada con Carolina y llamó a los amigos de su hija para contarles todo lo que le estaba pasando a Carolina. Incluso les comentó sobre su intento de suicidio.

Llegó a localizar a Erika, Brenda y Leonardo, pero como Diego no tenía celular, no se comunicó con él.

Al llegar sus amigos, la madre de Carolina estaba lista para salir y les dice:

- Chicos, cuídenla mucho. Háganla reír y están en su casa, pueden servirse lo que quieran.

La madre, junto a las hermanas de Carolina, se subieron al taxi dejándola con sus amigos.

A pesar de que todos sabían sobre el intento de suicidio, ninguno hizo mención del tema. Más bien intentaban distraerla con otras cosas, como ver películas o escuchar los famosos chistes de Leonardo. Ello hizo que Carolina mejorara, pero al mismo tiempo le daba vergüenza. Además, le comentó a Erika que se sentía un poco extraña de ver a todos reunidos sin la presencia de Diego. Erika le responde:

- Bueno, eventualmente se enterará de esto, así que te puede servir hablar con él.

Cuando llegó la madre de Carolina y todos sus amigos se habían ido a su casa, Carolina se conectó a Facebook y le contó a Diego lo que había ocurrido.

A pesar de que la comunicación se daba a través de una pantalla, se percibió el impacto que tuvo Diego al recibir esa noticia.

- Caro, ¿me acompañas a ver libros en Quilca mañana? Yo te recojo y vamos, ¿te parece?

- Diego, sé que lo que te he contado es fuerte, pero no necesito que me tengan pena.

Ella pensaba que este gesto de Diego no era apropiado, teniendo en cuenta que lo que tenía con Erika estaba comenzando a progresar.

- Caro, no es pena, solo quiero que pasemos más tiempo juntos. De repente si sales te despejas un poco. Entonces, ¿paso por ti a las 9 mañana?

- Está bien, no es una mala idea.

Camino a la tienda, Diego le pidió a Carolina que se siente un rato con él.

- Sé que te debes sentir avergonzada por lo que te está pasando, pero créeme que no te veo como alguien inferior por esto. Sabes, hay algo que no le he contado a nadie. Yo tengo una condición que hace que a ratos me desconecte del mundo, es algo con lo que tengo que vivir, pero sé que ese no soy yo. Si deseas, me puedes contar qué fue lo que pasó, no te voy a juzgar.

Carolina se quedó con la boca abierta al enterarse que su amigo padecía de tan rara condición, nunca lo había visto en ese estado, por lo que nunca se lo hubiese imaginado.

- Gracias por compartir esto conmigo. Me gustaría poder decirte qué es lo que me está afectando, pero son tantas cosas que no logro identificar el detonante.

- Bueno, entonces cuando estés lista podemos hablar de eso.

Las salidas entre Diego y Carolina cada vez se hicieron más frecuentes, y progresivamente, Diego se mostró más cariñoso con ella. Empezaron a pasar los límites de la amistad, pues a veces se besaban o se la pasaban horas abrazados.

Carolina se sentía culpable por su amiga, a la que veía tan ilusionada con Diego; pero al mismo tiempo, cada momento que pasó con Diego la hacía tan feliz que puso la lealtad con su amiga en un segundo plano.

En algún momento, ambos se dieron cuenta de que era algo que podía dañar a Erika, porque no era correcto. Al mismo tiempo, no sabían cómo cerrar lo que tenían:

- Caro, creo que Erika no merece esto.

- Estoy de acuerdo, hay que dejarlo ahí.

Lamentablemente, cada vez que decían eso se daban un beso de despedida que duraba días.

Ella ya había prometido hacerse a un lado y decidió permanecer en la idea de no meterse entre ellos. Por este motivo, Carolina optó por decirle a Diego lo culpable que se sentía y le pidió que le contara a Erika lo que había estado pasando entre ellos y que le jurara que no iba a volver a pasar.

Diego llegó a hablar con Erika. Sentía que, a pesar de no ser una pareja oficial, tenía que rendirle explicaciones.

Carolina no estuvo presente en ese momento. Al día siguiente corrió hacia la casa de Erika para asumir

su responsabilidad y pedirle disculpas, pero Erika, con el orgullo que la caracteriza, le dijo:

- No tienes que disculparte, igual ya pasó. Ya hablé con Diego, así que todo normal.

Con cierto alivio, Carolina se quedó con la idea de que no debería seguir junto a Diego y Diego pensaba lo mismo, pero no pudieron evitar tener esos momentos cariñosos.

En algún punto decidieron resignarse y aceptaron que ya habían pasado muchas cosas que cruzaron la línea de la amistad. No eran oficialmente enamorados, pero tenían un vínculo que iba más allá que ser amigos. Ello, con el paso del tiempo, fue tomando mayor consistencia.

El único detalle es que este vínculo era totalmente secreto, porque a pesar de que hasta donde sabía Carolina, Diego ya no estaba relacionado con Erika, no quería situaciones incómodas.

Entre muestras de amor clandestinas, Carolina y Diego tuvieron un pseudo romance que duró aproximadamente 3 meses.

Lamentablemente, Carolina comenzó a caer en un estado más crítico de depresión, lo cual desembocó en conductas autodestructivas que lastimaron a Diego. Por ejemplo, cuando estaban solos, Carolina no emitía ni una sola palabra; podían transcurrir horas y Diego se frustraba porque se quedaba con ella para conversar y él era el único que hablaba o el único que tomaba la iniciativa de besarse.

Hubo un evento importante que generó un nivel elevado de inseguridad en Carolina. Erika solía tomar prestada la tablet de Carolina, pues era lo más cercano que tenían a internet móvil. Un día, Erika

dejó su cuenta de Facebook abierta.

No era raro que pasara esto, por lo que Carolina descargó otra aplicación de Facebook para ella y así no tenía que cerrar su cuenta a cada rato y volver a ingresar.

Es entonces que ambas se encontraban hablando con una misma amiga, por lo que Carolina, por error, abrió una conversación. Se le hizo muy raro porque estaba su nombre entre los mensajes, como si estuviesen hablando de ella. Comenzó a leer con bastante confusión y encontró que era Erika la que estaba hablando sobre ella con otra persona.

Carolina no niega que no tenía derecho a invadir la privacidad de su amiga, pero decidió seguir leyendo.

- Estoy harta de que Carolina siempre sea la tercera. No me deja estar a solas con Diego en ningún momento. Pero bueno, yo me quedo tranquila, porque mientras ella está detrás de él, yo no tengo que hacer nada para que él venga hacia mí.

Carolina cerró la conversación y se quedó muy abatida, no solo por la manera en la que su amiga se expresó de ella, sino también por el hecho de ya no tener la certeza de que Diego la fuese a dejar en cualquier momento.

Ella decidió confrontar directamente a su amiga. Primero le pidió disculpas por haber leído sus mensajes, pues invadió su privacidad. Erika asumió su responsabilidad, también le pidió disculpas y al mismo tiempo un favor:

- No le digas nada a Diego porfa.

- Está bien, te prometo no volver a decir nada, pero tú deja de estar sacando conclusiones de cada

cosa que hago, no tienen nada que ver.

- Ya, Caro, ya entendí, no te preocupes.

A pesar de las disculpas de su amiga, Carolina ya no se sentía segura de lo que tenía con Diego.

Siempre que se embriagaba le decía a Diego:

- Oye, admite que me vas a dejar por Erika. Tú quieres estar con ella, no conmigo.

- Caro, cálmate, no sé de dónde sacas eso. Yo no quiero nada con Erika.

Llegó un punto en el que, cada vez que salían de fiesta, Erika y Diego terminaban besándose toda la noche delante de Carolina, lo cual era un evento agridulce que Carolina tenía que soportar pues no era pareja de Diego y no tenía nada que reclamarle.

Esta situación se convirtió en una constante, Carolina presenciaba esos eventos y luego le mencionaba su inseguridad a Diego estando sobria o ebria.

Llegó un momento en el que simplemente Carolina se cansó y decidió terminar ese vínculo raro que tenía con Diego. Lo malo es que no fue una ruptura saludable.

Ese día, Diego confrontó a Carolina por sentir que no había puesto de su parte, y que siempre tenía una actitud pasiva con respecto a lo que tenía en la pseudo relación. Diego estaba furioso.

- Caro, yo soy el que considera que esto ya fue. En primer lugar, porque me quedo a tu lado y no me dices nada, no haces nada, esperas a que yo haga todo. Además, siempre estás con el mismo rollo de Erika cuando te he dicho mil veces que no

pasa nada con ella. No sé qué te hace pensar eso, pero ya me cansé de que no confíes en mí.

A partir de eso, en Carolina nació la idea de que, si ella cambiaba, aún tenía la oportunidad de reparar el vínculo con Diego. Absolutamente todos los días, a pesar de las recaídas, su interacción solamente se basaba en discusiones, por lo que su amistad se volvió un elemento tóxico a pesar de que ambos se querían mucho. Todo lo acontecido había debilitado su amistad.

Unos meses después, Erika y Diego formalizaron su relación, lo cual terminó por quebrar el corazón de Carolina, quien de manera progresiva comenzó a intentar lidiar con eso y con sus demás dolencias emocionales bebiendo alcohol mientras se hacía cortes profundos en los brazos.

En un momento, esa conducta autodestructiva se convirtió en una situación frecuente para Carolina, incluso tenía a la mano una libreta donde apuntaba sus pensamientos al estar ebria.

Uno de los tantos días que tuvo que presenciar como Diego y Erika estaban juntos, ignorándola por horas, se hartó, agarró su mochila y se fue del pasto. Luego salió de la universidad, se compró una chata de ron y una hoja de afeitar.

Retornó al campus y se fue a un lugar lejos de sus amigos, abrió la botella y comenzó a tomarse el ron casi de golpe. Posteriormente, sacó la hoja de afeitar y se hizo cortes profundos en la muñeca. Se terminó todo el alcohol, cosa que no solía pasar; generalmente tomaba máximo la mitad. De ahí, solo recuerda haber botado la botella y dirigirse hacia la salida.

De mala suerte, estaban Erika y Diego en el paradero. La saludaron, y al ver que ni siquiera podía mantenerse en pie, Diego intentó sostenerla. Carolina le dijo:

- Déjame, tú no me toques.

Carolina miró directamente a Diego, y con una sonrisa en la boca pero con ojos de pura tristeza, le mostró sus muñecas cortadas. La sangre aún brotaba ligeramente y su blusa estaba completamente manchada. Diego, pasmado por lo que había visto, dio un paso atrás y le pidió a Erika que la ayudara. Carolina balbuceaba:

- Estoy bien, déjenme sola.

Erika tomó el primer taxi que encontró. Carolina apenas y podía hablar, pero según lo que le contó Erika, ella le dijo que había tenido sexo con Diego primero y cosas de ese tipo. A Erika le dio tanto coraje escuchar eso que, al llegar a la casa de Carolina, quien ya estaba completamente inconsciente, la baja del taxi, toca el timbre de su casa e intentó dejarla en la entrada.

La madre de Carolina y sus hermanas no entendían que había pasado, por lo que no dejaron que Erika se vaya y le piden explicaciones.

- Yo solo la encontré en el paradero. La vi muy mal y la traje a su casa, incluso en el taxi comenzó a botar espuma, en algún momento escuché que había tomado pastillas.

Su madre no se quedó contenta con esa explicación y comenzó a culpar a Erika y al resto del grupo por la depresión de su hija. Erika, quien obviamente es un fosforito, le devolvió la culpa.

Transcurrió un buen tiempo en la discusión. Carolina estaba en el mueble inconsciente y Erika decide irse de ahí. Luego, sus hermanas y su madre intentan despertar a Carolina. La metieron a la ducha, le dieron palmadas en la cara, ya no sabían que más hacer, por lo que la llevaron a Emergencia del hospital.

Carolina evidentemente dejó un impacto en el resto de la sala, pues seguía con toda su ropa embarrada de sangre y botaba espuma. Todos se solidarizaron y decidieron cederle su lugar; sin embargo, con todo el alboroto que suponía su posible muerte, el doctor no quiso hacerse responsable.

Todos los de la sala alzaron su voz, pues veían el riesgo en el que estaba Carolina. El médico aceptó de mala gana. Al revisarla, se dieron cuenta de que sus signos vitales no daban un buen pronóstico, por lo que llamó a la Policía para que averigüe qué es lo que sabe la madre. Mientras Carolina estaba conectada a una máquina que monitoreaba sus signos vitales, estaba completamente desnuda con varios chupones pegados a su cuerpo y al costado de su cama había un desfibrilador.

Carolina comenzó a convulsionar, le inyectaron algo para que estabilice su estado. Luego le colocaron tubos por la nariz que llegaban a su estómago, para ver qué había en él. Extrajeron todo, y a la media hora, por haber perdido gran cantidad de sangre, Carolina tuvo un paro cardiaco.

Su hermana mayor y su madre estaban a su costado. Su madre le sostuvo la mano y comenzó a sonar el famoso ¡piiip! agudo. La pantalla mostraba una línea recta. Ella podía ver desde afuera como intentaban revivirla. No soportaba ver el sufrimiento de su familia.

De pronto, despertó llena de tubos en un lugar desconocido. Su piel ya no era su piel, toda ella estaba cubierta de plástico. Su madre la acariciaba y se veía más aliviada. Ella quiso hablar, pedir ayuda, pero todos esos tubos eran muy dolorosos y nadie la escuchaba.

Su madre la llevó a casa. La bañó y la arropó. Solo le sonreía y le acariciaba la cara. Lo mismo hacían sus hermanas. En ese momento se dio cuenta que no estaba muerta, su alma llena de dolor quedó atrapada en el cuerpo de muñeca.

Muñeca de exhibición

Isadora era una muñeca reluciente pero frágil. Para ella, la piel de los seres humanos representaba un disfraz de lo frágil que pueden llegar a ser sus almas.

Con tan solo observar a alguien, Isadora podía identificar sus puntos vulnerables. Lo malo es que, experiencias pasadas hicieron que dudara de qué tanto en verdad podía ver de las personas. Es así como su forma de ser oscilaba entre dos polos: la coraza de hierro y, por otro lado, la confianza incondicional.

Isadora vivía en un museo de muñecas. El museo tenía las paredes y el piso de mármol color crema. Pasando la entrada, había vitrinas de cristal que tenían repisas, ahí fue colocada Isadora y un grupo de muñecas más.

Este museo le permitía interactuar con muchos humanos. En su cotidianeidad, Isadora estaba acostumbrada a que la miren, pero sin llegar a ser especial para ninguna de esas personas. Por este motivo, sus ojos nunca brillaban, eran opacos por lo monótono que le resultaba vivir sin ser importante para nadie.

Un día conoció a un joven de aspecto agradable y con buenos modales. Había muchas personas con estas características, pero, en este caso en particular, el primer acercamiento que tuvo el muchacho provocó en Isadora un brillo especial en sus ojos. Era diferente del resto de personas, en él sí podía ver claramente su mundo interno, aspecto que le pareció atractivo.

Ambos generaron una conexión casi inmediata. Para el joven, a pesar de que había más muñecas en el museo, notó en Isadora unos ojos relucientes que le

permitían sentirse seguro.

Es así como este joven iba religiosamente todos los días al museo solo para hablar con la muñeca. Se acercaba a ella y le relataba secretos que nunca había compartido con nadie. Esto reafirmaba, para la muñeca, la vulnerabilidad y transparencia de esta persona, lo cual la hacía sentirse feliz y segura.

A consecuencia de ello, la muñeca bajo toda su guardia, salió de su coraza y permitió que dicho hombre entrara también en su mundo interno. De hecho, él hizo lo mismo con Isadora.

Parecía el vínculo perfecto, de esos donde la gente se pregunta: ¿cómo es posible que dos personas puedan estar tan sintonizadas?

Pasaron dos años manteniendo esta dinámica. Y en uno de sus encuentros diarios, Isadora le dice al hombre:

- Leonardo, estuve pensando hace días esto, pero ahora ya estoy segura. Quiero pedirte que me lleves a vivir contigo. Tú sabes que acá no soy feliz, nadie me ve más que tú.

El joven muchacho se quedó desconcertado. Estaba acostumbrado a la dinámica de él yendo hacía ella. Por tal motivo, le respondió de forma tajante y hasta agresiva:

- Isadora, no sé qué bicho te habrá picado, pero ¿para qué te llevaría a mi casa? Estamos bien así, conversando, viéndonos un rato. No planeo hacerme cargo de alguien y mucho menos de una muñeca tan frágil como tú.

Frente a ello, Isadora quedó devastada, pues pensó

que ese vínculo tan cercano que había generado con esa persona la iba a salvar de su eterna infelicidad.

Ese suceso marcó un antes y después en su vínculo. Desde ese suceso, el muchacho dejó de asistir con frecuencia al museo. Cuando se acercaba a ella, su rostro era neutro e interactuaba emitiendo monosílabos y denotando frialdad y distancia hacia Isadora, la cual era una actitud extraña, pues solía ser expresivo y cálido con ella.

Además, su transparencia desapareció, es decir, dejó de compartirle cosas y más bien criticaba o se burlaba de las situaciones apremiantes que Isadora le contaba.

Es así como progresivamente el vínculo se fue degenerando. Ahora, para Isadora, el alma de aquel muchacho se mostraba opaca, lo cual se prestaba para el misterio de lo que acontecía en su mente.

Ello producía una constante confusión y sensación de inestabilidad en la muñeca, pues al tener el alma opaca, ya no sintonizaban como antes y eso hacía que sus encuentros sean menos agradables para ella.

Con el paso del tiempo, la muñeca solo dedicaba sus energías a esperar y complacer a dicha persona, pensando que en algún momento iba a ser la misma persona que conoció. Basándose en sus encuentros anteriores, algo le decía que detrás de su alma opaca no había malicia y que su actitud fría solo era una etapa.

Bajo este supuesto, Isadora optó por una actitud pasiva, esperando a que regrese la “persona que conoció”. Por ello, la muñeca aguantaba cualquier desplante o mala actitud y se repetía constantemente a sí misma:

- Debe estar enojado por algo, pero ya se le va pasar, solo tengo que esperar.

El tema es que este muchacho con quien que había compartido tanto tiempo no estaba atravesando por una "mala etapa" como pensaba Isadora, sino que más bien, la propuesta que la muñeca le planteó para irse juntos, le otorgó una sensación de poder que al muchacho le resultó perversamente atractiva.

Llegó un punto en que la pasividad y la espera habían llegado a un límite insostenible para Isadora. La muñeca dejó de ser muñeca para convertirse en el objeto para la diversión de aquel joven sediento de poder.

Las demás muñecas que se ubicaban en la misma vitrina la veían sollozar cada vez que el muchacho le hacía un desplante y abandonaba el museo.

Se acercaron a ella para consolarla:

- Eres una muñeca muy especial, Isadora, te queremos mucho y te vamos a apoyar en lo que necesites.

A pesar de su comprensión, las muñecas entendían con claridad que el vínculo de Isadora con ese muchacho la estaba lastimando. Por esta razón, también intentaban convencerla de que corte el vínculo con él.

- Isadora, entendemos que lo quieras, pero te queremos y vemos como todo el tiempo te lastima y causa sufrimiento. No queremos eso para ti.

Dicha dinámica se mantuvo por años, quebrando el alma de Isadora de a pocos.

En algún punto, Isadora ya no pudo más y le

preguntó a aquel joven:

- Leonardo, hemos sido amigos bastante cercanos por muchos años y han sido años maravillosos… pero si he notado que recientemente tu forma de ser es otra, antes me sentía segura, ahora tus reacciones son tan impredecibles que tengo miedo y no quiero tenerle miedo a una persona tan importante para mí.

Lamentablemente, dicha confrontación provocó que él considerara a la muñeca un ser patético e inferior, y con un tono de burla le respondió:

- Está bien que me tengas miedo, sino te me achoras.

Dicha frase caló de manera profunda en el alma de aquella muñeca. Hasta ese entonces sus ojos tenían un brillo especial que reflejaban esperanza. Al escuchar eso, el brillo se apagó abruptamente.

En la mente de Isadora solo pasaba una y otra vez la última frase que le dijo el muchacho. La muñeca ya ni siquiera tenía lágrimas para procesar eso, había llorado por tantos años, que lo único que goteaba era su corazón.

Sus amigas se acercaron poco después de que el muchacho se fuera. Al enterarse del suceso, no sabían qué hacer, porque la Isadora se convirtió en un ser ausente, con una profunda tristeza, con la mirada perdida y el cuerpo casi petrificado.

Una de ellas la cargó y la colocó en su cama. Automáticamente, la muñeca se quedó dormida, pues su cuerpo no podía resistir tanto dolor.

Con el paso de los días, la muñeca se fue recuperando gracias a la ayuda y compañía de sus amigas. No

obstante, el recuerdo de aquel evento le resultaba aún muy doloroso. Al recordar todo lo vivido con Leonardo, su corazón se estrujaba y emitía profundos llantos.

Cuando por fin decidió retomar su vida y dejar a aquella persona de lado, Leonardo vuelve al museo de manera repentina. Esta vez tenía una actitud totalmente distinta a la que tuvo la última vez que se vieron, es decir, la saludó en un tono amable, le preguntó cómo había estado e incluso vino con regalos que atinaban perfectamente al gusto de la muñeca. Pero eso no le importaba a ella, su presencia le causaba confusión, sentía que retrocedería y tenía miedo.

Por ese motivo, Isadora pensó dos veces antes de retomar la interacción con Leonardo. Para ella era muy difícil. Se dio cuenta que había logrado, con mucho esfuerzo, construir una vida sin él. El hecho de retomar su vínculo significaría un retroceso. Por otro lado, se dio cuenta que todavía lo quería, y para no sentirse avergonzada con dicha situación, intentó convencerse de que todos merecen una segunda oportunidad.

La muñeca le pidió que se aproxime muy cerca del cristal y el muchacho lo hizo. Entonces Isadora le preguntó con genuina curiosidad:

- La verdad es que me sorprende verte después de tanto tiempo, por eso te quiero preguntar ¿qué haces aquí? ¿qué te hizo volver?

Este chico conocía su punto débil. Sabía que le bastaba un discurso romántico para tener a la muñeca de vuelta, por lo que le responde:

- Sé que no he estado viniendo mucho al museo

estos días. Pero tranquila, no tiene nada que ver contigo, he estado ocupado. Siempre ten en claro lo valiosa que eres para mí.

Efectivamente, Leonardo consiguió convencer a Isadora de que vuelva a su lado.

A pesar de haber solucionado el conflicto, la muñeca comenzó a sentirse atrapada en un vínculo que ya no la hacía feliz. Era como estar enfrascada en una caja diminuta sintiéndose impotente de no poder salir de ella. Sufría a su lado, pero no podía dejarlo ir, pues le tenía miedo al dolor que eso supondría.

¿Qué fue lo que pasó con aquella muñeca? Con el paso del tiempo se comenzó a sentir más miserable y patética por haber perdonado a esa persona. Llegó a un tope donde sintió que ya no existía, por lo que se trepó a la vitrina más alta y se lanzó quedando completamente rota y sin vida.

¿Había más opciones para liberarse de algo como eso? Claro que sí, pero ella optó por la más inmediata: dejar de existir.

Muñeca no apta para coleccionistas

El señor aún permanecía en la fábrica, estaba por terminar la producción del último lote de muñecas del día. Se rascaba la cabeza una y otra vez, esperando con ansias que la última muñeca salga del dispensador de aluminio. No le gustaba mucho estar en ese lugar, pues consideraba que era tétrico y los componentes que utilizaban expedían un olor desagradable, además, como la mayoría de personas, prefería la comodidad y calidez de su hogar.

De pronto, notó un sonido extraño en la dispensadora, como si un metal viejo estuviese chirreando. Se acercó a la máquina y se dio cuenta de que Danka se había trabado en los últimos pasos del proceso de manufactura.

El hombre la logró sacar de la máquina. La revisó con una actitud quisquillosa, pues su ropa estaba descosida y su cara tenía unas manchas negras. No estaba acostumbrado ver una muñeca en esas condiciones, pero al notar que la estructura se mantuvo intacta, decidió conservarla para poder venderla en algún remate.

Al día siguiente, el hombre llevó varias cajas con las muñecas terminadas para que puedan ser vendidas en una tienda de antigüedades.

La dueña de la tienda recibió la mercadería, pero mientras ubicaba a las muñecas en los estantes, se dio cuenta de la notable imperfección que tenía Danka.

Al principio se dijo a sí misma:

- Y ahora, ¿qué hago con esto? No me sirve para

nada, este viejo conchudo me ha estafado.

Luego la siguió observando por un rato más y con resignación dijo en voz baja:

- Si la pongo en el fondo de las vitrinas nadie se va a dar cuenta. Al menos me servirá como bulto para que la gente piense que hay mucha variedad.

La dueña abrió su tienda y los coleccionistas, que ya habían estado esperando al menos media hora afuera, corrieron a toda velocidad y compraron todas las muñecas que podían. A todos les gustaba la novedad.

La venta llegó a su tope. Es ahí cuando solo quedó a la vista Danka, quien por todo el trajín de las compras alocadas terminó más maltratada de lo que ya estaba.

La dueña pensó que lo más pertinente era cerrar la tienda para que Danka no le dé un mal aspecto a su negocio. De pronto, cuando ya estaba a punto de ir a cerrar la puerta, esta se abre de manera brusca y aparece apurada Margarita, una señora que coleccionaba todo tipo de muñecas y necesitaba tener una de ese tipo.

Al acercarse a la vitrina, Margarita se dio cuenta que solo quedaba Danka. La tomó, le observó todas las imperfecciones y con desilusión decidió comprarla, pues necesitaba tenerla de todas formas y era la única que quedaba.

La dueña, con todo el alivio del mundo, no lo pensó ni un segundo y vendió a Danka a un precio ridículamente barato, sin importarle que se notaran sus ansias de deshacerse de ella.

Al llegar a casa, Margarita observó a Danka con

cierto desprecio y de mala gana la colocó en la repisa donde tenía su colección de muñecas.

Un día decidió invitar a sus amigas, quienes siempre la visitaban para observar su colección de muñecas y emitir una que otra opinión sobre ellas. Al ver a Danka la rodearon con la mirada e hicieron gestos de desagrado y burla.

- Tus muñecas son hermosas, Margarita, pero no entiendo por qué esta cosa está tan fea. ¿Qué paso? ¿te golpeaste la cabeza? jajaja.

Margarita, quien era una mujer muy petulante y ostentosa, se puso totalmente roja pues estaba avergonzada. Entre pequeñas risas nerviosas explicó:

- Eh… se me complicó un poco llegar a tiempo a la tienda y tuve que comprar la única que quedaba. Sé que esto casi califica como un desperdicio de muñeca, pero me la dejaron a buen precio…

Una de sus amigas le contestó con un tono burlón y un poco condescendiente.

- Eso me queda claro, pero fíjate que justo han sacado un nuevo lote de esas muñecas a un par de cuadras de aquí. Si te animas, puedes comprarte una que no sea un adefesio como esta.

Margarita, intentando recuperar su orgullo y estatus, le respondió.

- Tienes razón, gracias por el dato. A penas pueda, voy y compro una muñeca decente.

Cuando sus amigas se fueron, Margarita se sentía aún avergonzada por haber permitido que sus amigas vean a Danka en su colección. Se puso a caminar por su sala mordiéndose las uñas. Estaba

buscando la manera de reivindicar aquel episodio tan desagradable que había herido su orgullo.

Margarita sacó a Danka de la repisa y la botó al suelo con desprecio. Para ella era muy importante recibir buena retroalimentación de su colección de muñecas. Estaba tan frustrada que le gritó a Danka.

- ¡Muñeca inservible! Si hubiera sabido que no valías ni un sol ni te hubiese comprado. Te hubiesen tirado a la basura. No sé qué tenían en la cabeza cuando te hicieron.

Margarita abandonó la habitación y dejó la muñeca. Danka se quedó tirada en el piso.

Sorprendentemente, esta muñeca sí tenía alma y escuchaba todo lo que decían, por lo que, luego de escuchar todo lo que dijeron de ella, soltó una lágrima de cristal y comenzó a dudar del valor de su existencia. Es así como se sintió culpable por no poder hacer nada para desaparecer, pues solo era una muñeca y no tuvo más remedio que llorar toda la noche.

Al día siguiente, a primera hora, Margarita cogió a Danka del piso y fue a la tienda que le había recomendado su amiga. Durante camino, en la vereda de una calle sucia, dejó a Danka tirada sobre un charco de lodo y se fue corriendo a la tienda en búsqueda de su tan preciada muñeca.

Danka se quedó en el suelo sintiéndose humillada y desesperanzada. La gente a su alrededor pasaba constantemente y nadie se detenía a verla, incluso algunas personas ni notaron su presencia, por lo que la pisaron y dañaron aún más.

Ese mismo día, un joven muy curioso por todo lo que no era común vio a la muñeca y despertó en él un

particular interés. La levantó del piso.

- ¿Quién te habrá dejado botada por aquí? Qué curioso, he visto millones de muñecas sucias y descocidas, pero a ninguna le brillaban los ojos como a ti.

La llevó a su casa, la lavó, como si estuviese bañando a una persona. Al verla limpia, se dio cuenta de que el traje y cuerpo de Danka estaban rasgados.

Él no intentó arreglarla, consideraba que sus heridas eran marcas de guerra. Le generó esta idea de que Danka era una muñeca que había pasado por momentos muy difíciles y que tenía una historia detrás, lo cual la hacía especial.

De hecho, tenía la idea de que aquellas imperfecciones eran lo que la hacía perfecta, pues internamente, él también tenía algunas cicatrices emocionales, por lo que sentía una extraña conexión con aquel objeto.

Los siguientes días Tomás hablaba con Danka por horas y le contaba todas sus vivencias diarias y sentimientos; es decir, cuando tenía días alegres, cuando no se quería parar de su cama, cuando se sentía inspirado para pintar un cuadro o cuando tenía ganas de cocinar algún postre.

Es preciso mencionar que Tomás había sido rechazado en múltiples ocasiones por ser considerado una persona poco convencional, no le gustaban las fiestas, adoraba los videojuegos y le gustaba investigar sobre los avances de la tecnología; para la gente de su entorno, esas eran características negativas.

Al ver a Danka, pudo sentir identificados todos esos episodios de rechazo y comprendió perfectamente que la muñeca, al estar tirada en la calle, también

había sido rechazada, por lo que se sintió en sintonía con ella.

De pronto, Danka se convirtió en lo más importante para Tomás, la consideraba su amiga y confidente. Lo sé, es un poco raro sentirte conectado a un objeto inanimado, pero en este caso así sucedió, por lo que no todas las cosas tienen que seguir la norma.

El alma de Danka estaba encerrada en el dolor que le causó haber sido despreciada desde que comenzó a existir. Sin embargo, de forma paulatina, su alma fue saliendo de su caparazón, lo que hizo que pudiera sacar lo que había en su interior.

Tomás un día llegó a casa, y como es de costumbre, saludó a Danka y le comenzó a contar sobre su día. Por primera vez, Danka le respondió:

- Aquí estoy. Debes haber tenido un día muy duro, pero te tengo una buena noticia. Esa roca de dolor que bloqueaba mi alma al fin se fue, ahora puedo compartir contigo todas las cosas que siempre quise decirte cuando me hablabas. Nunca más estarás solo y al parecer yo tampoco.

Tomás no pudo negar que, en el fondo, estuvo un poco sorprendido por ver que la muñeca podía hablar. No obstante, para él lo principal fue la fascinación de un acontecimiento que se podría considerarse mágico.

Abrazó muy fuerte a Danka y le dijo:

- Nunca más estaremos solos, nuestra imperfección nos hizo ser perfectos el uno para el otro. Ahora yo voy a cuidar de ti y tú de mí.

Ambos se salvaron la vida con tan solo existir tal cual son. Los que piensan que las muñecas no tienen

alma están completamente equivocados. También lo están los que dicen que las personas que ven más de lo que las cosas aparentan y tienen una extraña curiosidad están locas.

Todos son como son por alguna razón, en el camino te encuentras con alguien con quien conectas siendo tú mismo y eso te llena ganas de vivir.

Nada pasa por casualidad. Esa máquina contribuyó malográndose, esa vendedora contribuyó colocándola en la vitrina. Margarita tomó una buena decisión al comprarla. Esas amigas criticonas, recomendándole que tire a Danka a la basura, y Margarita botándola en la calle. Si se dan cuenta, a pesar de que todos estos eventos suenen dolorosos, culminaron en la salvación de ambos personajes.

Porcelana frágil

El proceso para elaborar una muñeca no es nada sencillo. Yo conocí a un señor que junto a su esposa las fabricaban de forma artesanal, el problema es que, una vez que la muñeca estaba lista, le daban el mínimo cuidado y se ocupaban de otras cosas.

El señor, por ejemplo, solía tomarse un selfie con la muñeca y luego se iba a su casa, como para ostentar su arte. Por su lado, la esposa se encargaba de acomodar a la muñeca en una habitación, donde tenían toda una colección de muñecas. Luego tendía a irse a su cuarto y desconectarse del mundo, pues estas le recordaban que en algún momento ella también fue frágil como las muñecas que fabricaba junto a su esposo.

Un día, pasando por aquella casa, pude ver por la ventana como la pareja estaba discutiendo, puesto que había llegado un tipo de porcelana que, si bien era especial, era muy frágil y al más mínimo movimiento erróneo podía quebrarse; por lo que era más difícil fabricar una muñeca.

Escuché que la señora, con una expresión facial derrotista y un tono de voz sumiso, le dijo a su esposo:

- Arturo, no sé si vamos a poder hacer una muñeca con este material… es muy frágil. ¿Qué hacemos?

Frente a lo que su esposo le respondió, con un tono enérgico y prepotente:

- Cristina, ya hemos organizado esta subasta hace mucho tiempo. Los clientes van a venir y están esperando algo que los sorprenda. No podemos

dejar de hacer esa muñeca. ¿Te imaginas lo asombrados que van a estar si ven de qué material está hecha? Tómalo como un reto, así tengamos que quedarnos toda la noche.

La esposa, resignada, manifestó estar conforme con lo propuesto con su esposo.

Es así como la pareja comenzó la elaboración de la muñeca. Yo solo estuve unos minutos observando, pero la delicadeza con la que cogían cada elemento me hizo inferir que pasaron toda la noche fabricándola.

Cabe mencionar que la pareja tenía la costumbre de ponerle nombres a las muñecas cuando las terminaban de fabricar. Una vez culminado el producto, nombraron a esta muñeca Sira.

Desde mi perspectiva, a pesar de la fragilidad de dicha muñeca, la pareja no le brindó un trato especial; solo la colocaron en un lugar seguro para que no se rompiera, como si fuera una tarea molesta. Más bien, vi en sus rostros cierto desprecio hacia Sira. Asumo que por lo complejo que fue fabricarla y lo difícil que iba a ser conservarla en buen estado.

Sira no se llevaba mal con las otras muñecas, algunas veces se acercaba a ellas de forma tímida y les hablaba de manera superficial.

- Katherina, ¿tú crees que vendrá mucha gente a esta subasta?

- No lo sé, Sira. Los dueños han tenido una buena cantidad de clientes, pero he escuchado que últimamente han bajado sus ventas.

Normalmente estaba sola, sentía que no encajaba por su tipo de porcelana, lo cual era reforzado por

sus creadores quienes le decían constantemente que era una tortura tener que cuidar de ella. Cuando Sira oía esto se ponía a sollozar, le dolía mucho oír eso. La soledad puede llegar a hundirte emocionalmente, en este caso, estoy de acuerdo con Sira.

Uno de esos días que la vi llorando, me quedé pensando en cómo la soledad es un elemento tan nocivo para el alma. Somos tan dependientes del contacto con otros para poder ser felices.

El caso de Sira me hizo reflexionar, pues ella no vivía sola, pero las personas que la rodeaban le generaban ese sentimiento. Llegué a la conclusión de que, estar solo, no se remite a lo físico, sino más bien lo afectivo, ese es un componente más importante a la hora de valorar la compañía.

Después de muchos días, pasé por aquella calle y pude ver que la pareja estaba haciendo la famosa subasta de la que tanto hablaban.

Decidí entrar, pues Sira y su fragilidad me llamaban mucho la atención. De manera abrupta, vi cómo entró un coleccionista que por su vestimenta aparentaba ser una persona con una buena posición económica, pero además tenía una postura petulante; sin embargo, al observar cómo interactuaba con los demás, me pareció una persona de trato agradable y hasta risible.

Cuando inició la subasta, observé que muchas de las muñecas fueron adquiridas con facilidad. Los coleccionistas, que en su mayoría eran de alta sociedad, morían por tenerlas en su colección. Subían la paleta de forma brusca y ofrecían cantidades de dinero importantes por ellas.

La verdad, yo solo estaba interesado en saber sobre el destino de Sira. Me preguntaba quién se iba

encargar cuidar la fragilidad de aquella muñeca.

De pronto, me di cuenta de una situación extraña. Aquel hombre peculiar que había visto antes no había levantado la paleta con ninguna de las muñecas, y sus piernas se balanceaban en todo momento, demostrando su ansiedad y anhelo por conseguir algo en particular.

Sira fue la última muñeca en ser mostrada. Al principio, no identifiqué de qué muñeca se trataba, sin embargo, me llamó la atención que aquel hombre se pusiera todavía más ansioso, por lo que me sentí llamado a comprobar qué era lo que había provocado tal efecto en él, ¿qué estaba mirando en el podio de las subastas? Y era Sira.

La señora Cristina presentó a la muñeca:

- Señores coleccionistas, les presento a nuestra última pieza de colección. Se llama Sira y es la última muñeca que hemos fabricado. La porcelana que utilizamos es muy frágil, cara y especial.

Dicha descripción, por algún motivo que nunca entendí, le generó más entusiasmo a aquel extraño coleccionista. Sus ojos saltaban dentro sus orbitas y su sonrisa no era nada sutil, me atrevería a decir que parecía obsesionado con la idea de obtener a Sira.

El señor Arturo agregó:

- El precio base es de 5,000 dólares. Entonces, comencemos con las ofertas. ¿Quién ofrece 5,000?

Cuando comenzó la subasta, tres personas ofrecieron desde 7,000 hasta 15,000 dólares.

El hombre que me había llamado la atención, que además ahora estaba temblando en su silla, no se

quiso arriesgar, por lo que levantó la paleta y gritó:

- ¡Ofrezco 50,000! ¡50,000 dólares por Sira!

Los demás coleccionistas se dieron por vencidos, nadie podía superar esa oferta, por lo que el coleccionista se llevó a su preciada muñeca. Sé que suena extraño, pero algo me decía que Sira no estaba en las mejores manos.

Por ello, me contacté con una amiga muy cercana que ayudó a organizar la subasta y me pudo brindar los datos de ese sujeto.

Con la intención de asegurarme de que Sira iba a estar bien, cada vez que podía, pasaba por la casa del tipo y observaba por la ventana para verificar que todo estuviese en orden.

Un día de los muchos que pasé por ahí, pude ver cómo el sujeto salió apresurado de su apartamento muy enojado. Automáticamente, corrí hacia la ventana y vi a Sira con algunos rasguños en su cara y con lágrimas en sus ojos.

Quería ser discreto, pero ella me vio por la ventana y corrió hacia ella, golpeó su brazo contra el vidrio y me dijo en un tono entrecortado:

- Necesito ayuda, no sé qué hacer, por favor no te vayas.

Estaba completamente asustada, por lo que yo asumí que quería que la ayudara a salir de ahí. Cuando abrí la ventana e intenté llevármela, ella me dijo:

- No me puedo ir de aquí, tengo que estar aquí cuando mi dueño vuelva. Solo necesito compañía y un abrazo.

Respeté su decisión a pesar de no estar de acuerdo. Lo que no pude evitar fue preguntar:

- ¿Cómo te hiciste esas heridas en la cara? ¿alguien te hizo daño?

Para mí era evidente que aquellas heridas habían sido causadas por su dueño, pero por temor a decirlo, Sira me respondió mediante balbuceos:

- Mi dueño tuvo un accidente, yo me asusté mucho, pero sé que no quiso lastimarme.

En ese momento, sospeché que no se trataba de un simple accidente. Al darse cuenta de mi expresión, Sira atinó a decirme:

- Estoy convencida de que no va a volver a suceder.

A pesar de que no sonaba convincente, respeté las palabras de Sira y no le mencioné más sobre el tema, no quería ser invasivo.

De todas formas, no me quise quedar de brazos cruzados, por lo que, en los días posteriores iba al menos dos veces al día a visitar a Sira.

Muchas veces conversábamos, en realidad eran charlas muy interesantes, pero se notaba que algo en ella estaba quebrándose poco a poco. Cada vez la notaba con menos energía.

También me di cuenta de que los rasguños que tenía la muñeca eran más profundos. Cuando le preguntaba por el tema, Sira me daba siempre la excusa de que su dueño se los hizo sin intención de lastimarla. Yo no estaba de acuerdo con que justificara los actos de ese sujeto, pero al mismo tiempo, no me sentía con derecho de exigirle a Sira que se aleje de él.

Sira y yo comenzamos a tener un vínculo muy cercano. Yo siempre fui muy amable y comprensivo con ella, cosa que ella no entendía porque siempre había recibido violencia o indiferencia.

Un día, con una expresión de total asombro, me preguntó:

- ¿Por qué eres tan amable conmigo?

Yo le respondí como explicando algo obvio:

- Sira, debes entender que todos merecemos ser tratados con amor. No todo tiene que ser violencia o desprecio. Necesito que entiendas eso.

Sira se quedó callada y confundida. De alguna forma, optó por resignarse a que ella no merecía ese tipo de amor.

Un día pude ver que el dueño llegó a su casa, y con una ira desmesurada, comenzó a gritarle a Sira, luego la jaló por el cabello y se fue de la casa, dejándola en la ventana prácticamente destruida.

Quedé muy impactado, pues Sira estaba muy lastimada e inconsciente. Decidí llevármela y tratar de curar sus heridas.

Sira despertó al día siguiente en mi apartamento, muy asustada por lo que había pasado. Esa fue la primera vez que dejó de justificar a ese sujeto y admitió que lo mejor fue salir de esa casa.

Pasaron unos días en los que Sira tuvo la oportunidad de recuperarse. Un día fui a visitar a mis padres y la dejé en mi apartamento, pensando que estaba en un lugar seguro.

De forma impredecible, Sira decidió salir a tomar un poco de aire, y en el camino, se encontró con su

antiguo dueño; quién le dijo en un tono muy cálido:

- Sira, sé que no debí gritarte, pero ¿por qué no regresas a la casa? Te extraño y sé que tú también a mí. No va a pasar nada, regresa por favor.

Sira se quedó bloqueada, pues nunca llegó a confrontar a aquel hombre que tanto daño le hizo, por lo cual, no le brindó ninguna respuesta.

Frente a ello, él le propuso:

- Mira, entiendo, no tienes que decirme nada ahorita, piénsalo y nos vemos en un par de horas en mi casa.

Cabe mencionar que este hombre era un maestro de la manipulación, al menos siempre lo fue con Sira. Le hizo creer que el daño que le hizo era su manera de demostrarle amor.

Para Sira, la situación fue ambivalente. Después de aquel encuentro, comenzó a deambular por la calle muy confundida, pues mal o bien, había formado un vínculo muy fuerte con aquel sujeto con quien vivió muchos años; por otro lado, era una persona que no quería cerca.

Sira estaba perpleja, con un bloqueo emocional muy intenso que no le permitía tomar una decisión.

En ese estado, su cuerpo casi por cuenta propia, fue a la casa de su antiguo dueño, con la intención de cortar el vínculo que la mantuvo atada a él por mucho tiempo.

Al llegar a la casa comenzó a temblar, las lágrimas caían de sus ojos, sentía mucho miedo, no pudo ni siquiera hablar ni respirar.

El hombre abrió la puerta y la hizo pasar diciéndole:

- Sira, que bueno que estés de vuelta, te estaba esperando.

Sira, con temor, ingresó a la casa.

De pronto, el hombre haciendo el ademán de bajarse los pantalones, le pide a Sira:

- Sira, acercarte. Vas a ver que lo que vamos a hacer te va a gustar.

Lo que Sira no sabía es que esta persona tenía un muy retorcido fetiche sexual. Se sentía excitado cada vez que frotaba sus genitales con las muñecas, y disfrutaba aún más eyacular sobre ellas.

Fue en ese momento cuando Sira sintió que se metió en su propia jaula, por lo que su ansiedad y bloqueo emocional se incrementaron de forma abismal. Su cuerpo se entumeció y fue dando pequeños pasos hacia atrás, tratando de alejarse de aquel hombre.

El sujeto le ordenó en un tono un prepotente:

- Sira, necesito que vengas a mí, no va a pasar nada.

Sira estaba aterrada, no sabía cómo decir que no, solo quería huir de esa casa. Tenía miedo de que, si le decía que no, el hombre le volviera a hacer daño.

Mediante balbuceos, repetía mientras se alejaba:

- Mejor ahorita no… no me siento bien. Mejor ahorita no…

Es cierto, nunca dijo un “no quiero” de forma tan categórica, pero sus balbuceos, su lenguaje corporal y su expresión facial indicaban claramente que Sira

no quería cumplir con el cometido de aquel hombre.

Lamentablemente, sus pocos intentos de que no se dé la situación fueron en vano. Sira comenzó a tener problemas para respirar. El hombre la vio en ese estado y le preguntó:

- Sira, ¿todo está bien? ¿quieres que te alcance un vaso con agua?

Sira, con la mínima capacidad que tenía para hablar, le respondió:

- Sí, por favor, no me siento bien.

Sira asumió que el hombre había entendido que no se sentía bien y que ya no iba a insistir con su propuesta inicial.

Recibió el vaso con agua, y al voltear, vio el pene erecto del hombre. Él empujó su miembro hacia la cara de Sira y frotó sus genitales sobre la muñeca.

Durante el acto, Sira no ejerció fuerza alguna para alejarse del hombre. Una vez que él había puesto el genital en su cara, sus ojos se desorbitaron sin apuntar a ninguna dirección específica; su cuerpo se quedó congelado, sin la capacidad de poder moverse más que para temblar y, finalmente, permitió que el hombre se masturbe con ella y que la eyacule encima.

Después de lo acontecido, el hombre abandonó la habitación dejando a Sira completamente inmóvil, con la mirada perdida, su cuerpo inmóvil y el deseo de desaparecer.

Un par de horas después, el hombre la subió a su auto y la llevó a un lugar lejos de su casa. Sira no habló en todo el viaje, estaba con los ojos abiertos

pero se encontraba en estado catatónico.

Con la ropa rasgada y aún cubierta por el semen de aquel sujeto, Sira caminó por las calles como un alma en pena. Yo la encontré regresando a mi apartamento. Me quedé muy impactado de verla así. No tengo palabras para explicar lo desgarrador que fue ver a Sira en ese estado.

Sospechaba que aquel hombre violento del que la salvé tenía que ver con lo que le había pasado. Le pregunté con mucha indignación:

- Fue él ¿no? ¿Qué te hizo? Sira, sabes que puedes confiar en mí, esto que ha pasado lo podemos superar, pero necesito que me cuentes.

Sira apenas podía hablar, pero me respondió:

- No lo he visto hace mucho tiempo. Solo tuve un mal día, me tropecé y me ensucié toda. Yo creo que, si me baño y me echo a dormir, estaré como nueva.

Yo siempre tuve un cariño muy especial por esa muñeca, fue en ese momento que me di cuenta que cuando quieres a alguien, a veces, debes ser radical. Por ese motivo, le insistí a Sira me cuente lo sucedido, lo cual logré días después.

Lo que me pareció confuso fue que no le atribuía la culpa a aquel hombre, solo se culpaba a sí misma por haber permitido que ocurriera. Repetía constantemente, con lágrimas en los ojos:

- Yo fui a su casa, yo dejé que pasara. Todo esto es mi culpa.

Tengo la teoría de que, muchas personas, prefieren echarse la culpa en estos episodios antes que asumirse

como víctimas. Este caso no fue la excepción.

Cada vez que Sira decía eso, yo le decía:

- Sira, esto que pasó no fue tu culpa. Esta persona abusó de ti. Se aprovechó de tu apego emocional hacia él. Tú no tienes la culpa de nada, por favor, necesito que entiendas eso.

Me tomó mucho tiempo convencerla, pero Sira consiguió asumir que habían abusado sexualmente de ella y todas las consecuencias que ello implicaba.

Recuerdo perfectamente ese momento, no pude ver que había dentro de su mente, pero sentí que tuvo un corto circuito. La mente de Sira se desconectó y rompió en llanto.

Yo la abracé. No tenía nada que decirle. ¿Qué puedes decirle a alguien que ha sido marcada de por vida? ¿a alguien que tiene el alma rota? Es decir, ¿cómo se reconstruyen esos pedazos?

Nunca encontré la respuesta a estas preguntas y, a pesar de que Sira se quedó a vivir conmigo, nunca fue la misma. Había días buenos, donde conversábamos y hasta reíamos, y había días donde Sira simplemente no se paraba de su cama, no comía, no estaba ahí.

Cuando le preguntaba qué era lo que le sucedía, no me respondía; era como si estuviese apagada. Es ahí donde me di cuenta que su alma estaba rota y siempre me quedé con la incógnita ¿alguna vez esos pedazos podrán volver unirse? Nunca lo sabré, Sira nunca me dio la respuesta.

Abriendo la caja de secretos

¿Por qué existen los secretos? Todos, absolutamente todos, tenemos contenido sensible, experiencias de vida, recuerdos, pensamientos que no queremos que estén a simple vista.

La gente anda por el mundo mostrando lo que quiere mostrar, obviamente, teniendo en cuenta el contexto en el que se encuentran. Esto genera en las personas la sensación de control de sus propias vidas.

Otra pregunta. ¿Qué pasa cuando abusan sexualmente de ti? Es diferente para cada persona, depende de muchos factores: el sexo, cómo se dio el suceso, la concepción que tiene una persona sobre su propia sexualidad, su etnia, sus creencias religiosas, etc.

Sin embargo, estas personas comparten un factor en común: al ser abusada, te quiebran el alma, y poco a poco sientes que vas perdiendo control sobre tu cuerpo, este se convierte en un instrumento que tiene signos vitales, pero estás muerta en vida.

Muchas personas no hablan de ello, es más, puede resultar tan doloroso que no se lo pueden decir a sí mismas, razón por que optan borrarlo de su mente.

Toda esta reflexión pasó por la mente de Daniela cuando hizo una introspección para entender su situación.

Ella había sido abusada sexualmente hace dos años por una persona en la que confiaba de manera incondicional.

En un inicio, fue tan difícil aceptar el hecho de que la persona que adoraba y la creía incapaz de lastimarla

le hubiese causado un daño irreversible. Es así que, cuando se dio, decidió borrarlo de su mente y hacer como si no hubiese pasado.

A pesar que había algo en ella que, desde ese momento, le decía que las cosas no andaban bien, se negaba a aceptarse como víctima y a esa persona como victimario. Incluso le resultó más fácil echarse la culpa por permitir aquel acto sexual que le resultó repugnante.

Gracias a la ayuda de unos amigos, pudo aceptar poco a poco lo innegable, Pedro había abusado de ella. Ese proceso le rompió el corazón, y al darse cuenta de que aquel ser despreciable había cruzado todo límite, no le quedó más remedio de apartarlo de su vida.

Dicha decisión le resultó muy dolorosa, pues Daniela había tenido un vínculo muy fuerte con él y, al mismo tiempo, porque tenía la particularidad de derrumbarse cada vez que una persona desaparecía de su vida.

Pasó semanas en una especie de duelo, pero lentamente fue recuperándose y construyendo un sentimiento de libertad plena. Ella siempre pensó que era imposible, pero después de haberse separado de él, sintió que para ella todo era posible.

En el transcurso de ese año, Daniela optó por continuar con su vida: empezó a salir con Matías, un amigo que había conocido un año atrás, que desde el primer momento fue comprensivo con ella.

Daniela tenía muy claro que tenía heridas por sanar por lo acontecido con Pedro. Por ello, a pesar de estar enamorada de Matías, no inició una relación oficial. Él tuvo paciencia y se mantuvo a su lado durante el proceso de sanación de Daniela, la quería de manera

pura y libre.

Transcurrieron los años y Daniela no podía sentirse más feliz al lado de Matías, hicieron planes a futuro juntos y, por primera vez, Daniela sintió que merecía ser amada. Sin embargo, una parte de ella, de cuando en cuando, le iba recordando que había dejado un evento traumático atrás que tenía que resolver.

Dos años después del abuso que sufrió Daniela, comenzaron a salir a la luz varios casos de abuso sexual por parte de profesores de su universidad en las redes sociales.

Era irónico que precisamente la universidad se Daniela se jactara de ser la institución número uno en lo que se refiere a defensa de los derechos humanos. Irónico porque, una vez que se hacían públicas las denuncias, las autoridades de la universidad, lejos de tomar una acción punitiva contra el victimario, pasaba por agua tibia dichas denuncias e intentaban que se mantuviesen ocultas.

En coherencia con la coyuntura, Rebecca, quien era una de las mejores amigas de Daniela, vio una publicación de Pedro mostrándose "indignado" porque la universidad promueva la impunidad de los agresores.

Es en ese momento, Rebecca llamó a Daniela:

- Hola, Dani. Mira lo que acaba de publicar el idiota de Pedro – le manda una captura de la publicación por chat – ¿No te parece que es un hipócrita? Después de todo el daño que te ha hecho debe recibir su merecido ¿Quieres que lo confronte?

Rebecca tenía la intención de poner en evidencia a Pedro, a tal punto que le insistió a Daniela en múltiples ocasiones. Daniela siempre quiso mantener

el suceso en privado, pues tenía miedo de no poder lidiar con la situación, por lo que rechazó, una y otra vez, la oferta de Rebecca durante aquella llamada. Rebecca respetó su decisión.

El hecho de recibir esa propuesta, después de dos años del suceso, sumado a ver una publicación realizada por Pedro, causó en ella pánico. Poco después de colgar, comenzó a sentir escalofríos, su corazón latía muy rápido y tenía dificultad para respirar. Sentía que se estaba muriendo. Comenzó a llorar desconsoladamente, sin poder detenerse. Llamó a Rebecca y con la misma intensidad de su llanto le pidió que, por favor, no haga nada. Rebeca, al escuchar la voz entrecortada de Daniela, se da cuenta de que abrió una herida muy frágil y se asustó, por lo que accede a la petición de Daniela.

Daniela estaba llevando terapia. Al contarle a su psicóloga aquel evento traumático, se dio cuenta que, después de mucho tiempo, aún siente miedo y culpa. Ese pensamiento la acompañó de camino a su casa. Caminaba por las calles miraflorinas en hora punta, cosa que hizo que sintiera que "todos olían su cobardía". No podía estar más avergonzada.

Al volver a su casa, le coloca un tope a su línea de pensamiento circular y decidió que necesitaba hacer algo para remediar la situación.

Contactó con Rebecca, para que reaccione de manera sutil ante la publicación de Pedro, también les pidió a otros amigos suyos que se unan al linchamiento social que quería hacerle.

En ese momento, Daniela se encontraba en casa en compañía de Matías, quien ya era su pareja, y Rebecca le informó que Pedro la había bloqueado a ella y al grupo de amigos de Daniela. Daniela entró

en un colapso nervioso, sencillamente su mente se apagó. El miedo en ella era tan profundo que pensaba que, a partir de este instante, Pedro iba ir tras de ella y la iba a volver a lastimar.

Rebecca, desde la perspectiva de "amiga defensora", tenía solo una idea en la cabeza: destruir socialmente a aquel ser ruin. Por ello, Rebecca armó una publicación poniendo en evidencia la hipocresía de Pedro. No reveló la identidad de Daniela, pero sí la conducta del agresor.

Como sucede en redes sociales, el tema se tornó viral, lo que disparó aún más la ansiedad de Daniela. Cada vez sentía que su agresor estaba más cerca de ella, lo que le causaba pavor, porque nunca se había atrevido ni siquiera a confrontar a Pedro con lo ocurrido. Solo lo quería lejos de su vida.

A la mañana siguiente, Daniela recibió una llamada de un número desconocido. Contestó, pues se encontraba buscando trabajo.

Al responder, escuchó la voz de Pedro y se quedó sin palabras:

- Aló, ¿Daniela?

- Sí, soy yo ¿quién eres?

- Soy Pedro, te hablo por la difamación que ha hecho Rebecca en mi contra. Intenté hablar con ella, pero no quiso llegar a ningún consenso. Lo que ha hecho es manchar mi nombre en las redes sociales y yo no voy a permitir eso.

Daniela estaba pálida y sus manos temblaban mientras escuchaba a Pedro. Hace años no había mantenido conversación con él, por obvias razones.

A pesar del gran temor que estaba experimentando en ese momento, tomó fuerzas y logró responder.

- Lo que ha publicado Rebecca no es ninguna difamación, tú abusaste de mí y lo sabes muy bien.

Estás mintiendo, yo no te he hecho nada. Tú misma sabes que tienes problemas psiquiátricos, probablemente has imaginado todo eso. Debes haberlo dicho por despechada, porque nunca te tome en serio.

- Pedro, no me vas a convencer. Puede ser que tenga problemas psiquiátricos, pero tú perfectamente sabes que yo no alucino cosas. ¿Qué es lo que quieres?

- Quiero que tu amiga borre esa publicación y pida en las mismas redes sociales una disculpa por su grave acusación, diciendo que lo que publicó es mentira. De lo contrario, la denuncio por difamación.

- No puedo pedirle eso, lo que dijo ella fue real, sería muy conchudo de tu parte que te pidan perdón por algo que sí hiciste y que me lastimó mucho. Asume lo que hiciste.

- Hagamos algo. Nos reunimos en un lugar público y llegamos a un acuerdo. Puedes llevar a todas las personas que quieras y yo haré lo mismo.

Esa propuesta le dio a Daniela un giro de 180 grados, verle la cara a su agresor y tener que hablar con él le parecía algo tan surreal.

Sin embargo, aceptó, pues consideró que era una

manera de cerrar este capítulo tan doloroso.

Daniela decidió pasarle la voz a Jorge y Estrella, sus dos mejores amigos, su hermana menor y a Matías. Se iban a encontrar a las 6:30 pm. en un café cerca de la casa de Daniela.

Horas antes de la reunión, Daniela estaba totalmente descompensada, su rostro estaba pálido y su piel fría. No comió nada en todo el día, cada alimento le resultaba vomitivo.

Llegó la hora, y después de dos años de haberse estado escondiendo de él, Daniela tuvo que verlo frente a frente.

La conversación fue similar a la que tuvieron vía telefónica en la mañana. Ella lo señalaba por abusar de ella y él lo negó una y otra vez, alegando al frágil estado de salud mental de Daniela.

Cuando la conversación se convirtió en un ping pong interminable, se acercó Matías y le dice directamente a Pedro:

- Ya, dinos, ¿qué es lo qué quieres?

- Quiero que Rebecca borre la publicación y que se retracte de lo que dijo, de lo contrario, tomaré medidas legales.

Matías, con la intención de proteger a Daniela, le sigue la corriente, diciendo que él se iba a encargaba del asunto con la única condición de que no incluya a Daniela en esta situación. Pedro accede y todos se retiran del café.

Desde ese momento, las cosas no volvieron a ser igual. Daniela tenía que tomar una decisión: dejar que Rebecca se encargue sola del asunto o apoyarla.

Daniela sabía que ambas opciones le iban a generar mucho dolor: la primera, porque adoraba a Rebecca, la veía como una hermana, y por tal motivo siempre intentaba protegerla; la segunda, era involucrarse en el caso, lo que implicaba revivir sucesos muy dolorosos con los que no estaba segura de poder lidiar.

Se podría decir que Rebecca había roto con la caja de cristal de su amiga al abanderarse como una voraz defensora feminista en redes sociales, sin importarle que el caso involucrara a su amiga. Daniela escondía dicha caja cuidadosamente dentro de su alma, pues sabía que era fácil de romper, pero al mismo tiempo, consideraba que Rebecca tenía buenas intenciones.

Finalmente, Daniela decidió darle su apoyo a Rebecca, intentando ignorar a todas las personas que le decían que su amiga se había aprovechado de su historia para quedar como la heroína.

Lamentablemente, todo este escenario trituró poco a poco la caja de Daniela hasta hacerla pedazos.

La situación evolucionó de la siguiente manera. Pedro emitía una amenaza; cuando esta llegaba a oídos de Daniela, su tristeza y angustia eran tan profundas que tomaba muchos tranquilizantes con el fin de pensar de que no estaba ocurriendo nada a su alrededor. Daniela dejó de comer, cada vez que veía un plato de comida en frente suyo lloraba, y al ser obligada a comer sentía dolor en todo su cuerpo y alma.

Llegó un momento en el que su mente era incapaz de procesar lo que estaba sucediendo, incluso con los calmantes. Su mente se transportaba a otro lugar, del que ni ella misma podía acordarse. Matías le comentaba que en situaciones cotidianas se

quedaba en blanco o solamente hablaba sobre todo este asunto, siendo incapaz de reconocer a la gente que la rodeaba.

En una de estas lagunas, Daniela no volvió. Su cuerpo se fue haciendo de plástico, no tenía nada adentro más que un alma quebrada.

Esta muñeca era un ser estático, perdió toda autonomía, sus seres queridos se encargaban de alimentarla y mandarla a dormir, ya ni siquiera podía recurrir a los calmantes. Estar atrapada así era casi una tortura.

De sus ojos brotaban lágrimas que, al secarse, se convertían en silicona. También gritaba pidiendo ayuda, pero el interior hueco de su cuerpo solo producía un eco interno, por lo que nunca fue escuchada. Daniela dejo de ser humana.

En proceso de dejar de ser una muñeca de cristal

Se abre el telón y aparece Diana, dando su último show del día. A pesar que su rostro tenía facciones simétricas, que algunos considerarían intimidantes, ella lo sentía descompuesto, ya que, después de cuatro horas de funciones se sentía completamente exhausta. Lo único que quería era removerse el maquillaje y volver a sentirse humana.

Entre el público había un hombre con una intensa obsesión hacia la joven actriz. Iba a verla casi siempre, se sabía la función de memoria. No le importaba el dinero que invertía, solo quería entrar y verla. Soñaba con un día poder acercarse y tocarle el rostro.

Cabe mencionar que aquel hombre no tenía apariencia de ser una amenaza, vestía con la típica ropa que usa un pituco que va al teatro para intentar proyectar más bagaje cultural que los demás. Sin embargo, había un pequeño detalle que no podía pasar desapercibido: eran sus ojos, estaban completamente desorbitados, con las pupilas dilatadas y, paradójicamente, su mirada era penetrante. Parecía un lunático y ello se prestaba para que se infiera que algo no andaba bien en su retorcida mente.

Al acabar la función, la penúltima de Diana en esa temporada, la actriz se colocó en el centro de las tablas, y como es de costumbre, se quedó parada mirando a un punto fijo esperando que el público aplauda y emita sus ovaciones.

Antes de que el telón que da final al espectáculo se cierre, este hombre prácticamente saltó de su

butaca y trepó al escenario. Se acercó a Diana y cumplió su tan esperado sueño de tocarle el rostro.

Cuando la vio cara a cara, él esperaba una mirada que los conectara y terminaran enamorándose, como muestran en las películas hollywoodenses.

No obstante, logró el efecto inverso, pues ese contacto visual provocó en Diana una sensación instantánea de pánico y asco. Diana, instintivamente, alejó el rostro y huyó al backstage. Al llegar, estaba completamente agitada, le costaba respirar y sus piernas le temblaban. No entendía lo que había pasado. Tomó un vaso con agua y de pronto apareció todo el elenco para brindarle soporte frente a lo acontecido. Una de sus amigas le dijo:

- Diana, sé que este momento ha sido muy incómodo, realmente nadie se lo esperaba, pero no dejes que esto te afecte. Eres una actriz muy talentosa y hoy brillaste como nunca.

Diana no lograba recomponerse, por lo que le dice a su amiga entre sollozos:

- Marife, es que, no solo es esto de haberme encontrado con una persona así. Ya estoy cansada, han sido muchas funciones, solo quiero descansar.

Marife la abrazó y le dijo:

- Yo sé, amiga, pero solo nos queda una función más. Una sola y luego tendremos tiempo para descansar todo lo que queramos. Tú eres fuerte, sé que vas a poder con esto.

Diana, sintiéndose más reconfortada, aceptó la sugerencia de su amiga

- Está bien, Marife, solo porque falta una sola presentación. Creo que luego me alejaré de las tablas por un tiempo. No quiero volverme a encontrar con un lunático como el de hoy. Por cierto, ¿los de seguridad habrán hecho algo con ese tipo?

Marife, con la intención de que Diana se despeje de la situación, le dijo:

- Es obvio que los de seguridad ya han tomado cartas en el asunto, esto no se va a repetir. Así que, deja de pensar en eso, cámbiate y te llevo a tu casa.

Curiosamente, Marife tenía razón. Como había mucha vigilancia dentro del teatro y el hombre lunático no era tonto, huyó lo más rápido y desapercibido posible, como si no hubiera pasado nada, colándose entre el montón de personas que abandonaban el lugar para perderse entre todos ellos.

De todas formas, el lunático sabía que esto no se iba a quedar así. En el camino a su casa, con postura cabizbaja, con esos ojos desorbitados y una sonrisa bizarra, estaba maquinando su última aparición.

Llegó el último día de función. Diana había dejado de lado aquel suceso tan incómodo, y como buena artista, se remitía a concentrarse en lo suyo, que era ofrecer su último show de la temporada al numeroso público.

Al comenzar la función, Diana ya se encontraba ubicada sobre las tablas. Sin embargo, ningún reflector se prendió. Únicamente apareció una sombra en el escenario. Era aquel hombre, quien tenía una sonrisa de satisfacción.

Al reconocerlo, Diana se quedó congelada, sus facciones estaban completamente tensas y el pánico no le permitía moverse ni pensar.

Él llevaba un tocadiscos en sus manos, lo colocó de manera natural sobre una mesa que se encontraba en el escenario y ajustó el brazo de la máquina para que se reprodujera la música.

No era un vals lento, más bien parecía el soundtrack de una escena de suspenso. A él no le importó, quería un baile lento con aquella actriz. Es así, como con una mirada penetrante y dándole una orden, le dijo:

- Acércate, debes bailar conmigo.

Diana seguía inmóvil y sin responder nada, por lo que el hombre la jaló del brazo y la tomó por cintura, acercándola a su cuerpo.

Ella seguía petrificada, no opuso resistencia. Fue un baile muy macabro y pervertido. Comenzó apretando su cuerpo sobre el de ella y frotaba sus genitales con los de ella de manera depravada.

Luego le lanzó una última mirada lunática, penetrante, le levantó el vestido, emitió un gemido de excitación con tan solo ver lo que había en su interior y la penetró de manera brusca. El público no se movía, solo escuchaba los gemidos de sufrimiento de la pobre actriz, pero nadie se atrevía a hacer nada para detenerlo; solo pudieron presenciar el traumático y doloroso momento que estaba experimentando la artista.

Terminó la música y con ello el baile y la penetración. De pronto, el tipo lunático sacó un arma y apunto hacia el público, tomó el micro y les ordenó en tono amenazante.

- ¡Aplaudan! Necesito de sus ovaciones. Probablemente va a ser el mejor espectáculo que presencien en sus vidas.

Todos asumieron que debían hacer lo que el lunático decía, para prevenir que apreté el gatillo y acabe con sus vidas. La gente, con un temor despavorido, aplaudió aquel show que supuestamente habían disfrutado. Una vez que terminaron las alabanzas forzadas, el hombre tomó el micro y dijo con mucho cinismo:

- Espero que este show haya sido de su agrado. Los veré pronto.

Luego de eso, salió corriendo. Por el arma y el impacto de lo que hizo, nadie hizo nada para detenerlo.

Por su parte, Diana se quedó echada sobre las tablas, con la mirada pérdida, petrificada y con la mente en blanco. Aquel hombre lunático, en su obsesión, le había quebrado el alma. La única manifestación que tuvo fueron un par de lágrimas y un temblor en lo que se suponía que era su cuerpo.

Desde ese momento, Diana no volvió a ser la misma. Sus compañeros la llevaron a su casa. Al llegar, tomó una ducha que duró una eternidad, batallando con deshacerse de la sensación de suciedad que le había generado aquel acontecimiento. Luego se recostó sobre su cama, pensando que su vida se había terminado.

Entre sus reflexiones, que más que nada eran pensamientos circulares, se reprochaba a sí misma. Susurró:

- Esto me pasa por ser actriz.

Llegó a la conclusión de que la gente solo se dedicaba

al arte para ser vista, y ella, por querer ser vista, terminó con el alma quebrada.

Decidió dejar la actuación para siempre y abandonarse en su cama. No comía, solo dormía bajo el efecto de muchos sedantes; el sueño era la única manera en la que ella podía huir de la realidad y no enfrentar lo que le pasó.

Después de tres días, logró levantarse de su cama. Afuera de su habitación todos sus seres queridos la estaban esperando. Anhelaban el momento de volverla a ver recompuesta, pero obviamente vieron a otra persona, vieron una figura pálida y muy delgada que se suponía que era Diana. Les fue demasiado doloroso verla así, pero al no comprenderla, le decían cosas como:

- Dianita, tienes que poner de tu parte.

- Sí, hijita, tu madre tiene razón. Estas cosas pasan a diario y la gente continúa con sus vidas. Tú debes hacer eso.

Nadie entendía que no había alma adentro de ella que sostenga su cuerpo. Optaron por velar por su salud física, alimentándola y quitándole sus sedantes.

Pretendían que esté despierta, dejando que más cosas entraran a su cuerpo para mantenerla viva, como si fuese una muñeca de porcelana. Nadie la escuchaba realmente, a pesar de que ella anhelaba que la dejen morir.

Uno de sus familiares sugirió llevarla a una casa de reposo, una manera elegante de decir Hospital Psiquiátrico. Pensaban que la mejor opción para Diana era que los médicos la controlen y ellos vivan con la consciencia tranquila de que su muñeca de

porcelana siga viva, sin tener que hacer mucho esfuerzo. La mente de Diana ya no procesaba como antes, ya no le importaba nada, por lo que ni tenía intención de oponerse a ser internada o cualquier otra cosa que hicieran con ella.

Era un hospital poco convencional, no separaban los pabellones entre hombres y mujeres, sino que, más bien, los dividían en dos categorías: los neuróticos y los psicóticos. Como era obvio, el Estrés Post Trauma del que padecía Diana la clasificaba en el pabellón neurótico.

Acompañada de dos enfermeras, la acomodaron en una habitación y le dieron las instrucciones protocolares para todo paciente psiquiátrico. Ella asintió con la cabeza expresando que no tenía ninguna objeción, pues ya nada le importaba.

Cuando llegó, como la nueva en el lugar, provocó curiosidad en los demás pacientes, quienes siempre pasaban por su cuarto a tratar de hablar con ella, aprovechando la política del hospital de: "Prohibido las puertas cerradas", pero Diana jamás le prestó atención a nadie desde que ingresó al hospital.

Un día, un paciente, casi de la misma edad que Diana, curioso y sin muchas reservas en su forma de hablar, decidió entrar a su habitación. Se sentó al pie de su cama y Diana automáticamente se sintió tan atemorizada que lo único que hizo fue voltear la cara para no verlo.

Francisco trato de calmarla y le dijo:

- Tranquila, solo quiero conversar. Uno de los chicos del pabellón me quitó el control remoto y no tengo nada que hacer. ¿No te molesta no?

Diana, quien estaba encogida en su cama, mirando

al lado opuesto, no le respondió nada.

Este chico, con naturalidad, inició la conversación:

- Antes que nada, te quiero anticipar que no te voy a pedir que me cuentes tu historia. Sé que acá todos hacen eso y es muy incómodo. Prefiero contarte la mía.

  Yo tengo 8 meses internado aquí, nadie me obligó, más bien, yo rogué que me aislaran de la gente que me rodeaba. Siempre veía como mis padres se peleaban o me decían cosas hirientes. Para mí, estar aquí es como unas vacaciones de la tortura que era tener que vivir con ellos.

Al escuchar a Francisco hablar con tanta naturalidad y con un tono de voz tan calmado, sumado a lo interesante que le pareció su historia, el joven logró captar la atención de Diana, por lo que decidió voltear, mirarlo y escucharlo.

Hace tiempo que nadie la miraba como un ser humano. Al no sentirse más una muñeca de porcelana, compartió su historia y él la escuchó; lejos de sentir lástima por ella, le hizo sentir que hay una vida más allá del dolor. Siempre la animaba a probar con cosas nuevas, lo cual hacía que Diana, poco a poco, se vaya reconectando con el mundo y consigo misma.

De pronto, las conversaciones se volvieron recurrentes. Si bien había ocasiones donde compartían sus temores o pensamientos negativos, la mayor parte del tiempo dejaban eso atrás y compartían todo lo interesante que habían vivido.

Pronto, Diana comenzó a reconciliarse con su cuerpo y reconstruir su alma y su vida. No sabía de dónde

había aparecido aquella persona; pero su presencia, que la tratara como un igual y su pasado doloroso la cautivaron y motivaron a darse a sí misma una segunda oportunidad.

Al quedar completamente recuperada, se dio cuenta que la aparición de aquel joven había sacado partes de ella que desconocía, una fortaleza interior impresionante que la impulsó a salir adelante por sí sola. Él solo estuvo ahí observando, no necesitó nunca sostenerla ni darle algún consejo. Ambos aprendieron que nadie puede salvarte de nada más que tú mismo. En el camino aparecen personas que con su esencia te impulsan a ser mejor persona, pero finalmente, fue el trabajo de cada uno el salir de donde estaban y volver a reconstruir sus almas.

Al final, ambos se recuperaron de su trauma y temor. No volvieron a ser las mismas personas previas a sus traumas, eran personas más fuertes y autosuficientes, capaces de salir al mundo real sin que nada les rompa la piel y deje cicatrices permanentes.

Todas las punzadas que recibían dolían, claro, pero no tardaban en sanar. Es ahí cuando Diana se dio cuenta que el dolor es solo una emoción y no la totalidad de su alma; por lo que, el dolor no debe representar toda la vida de una persona, sino solo una fase a dejar atrás.